

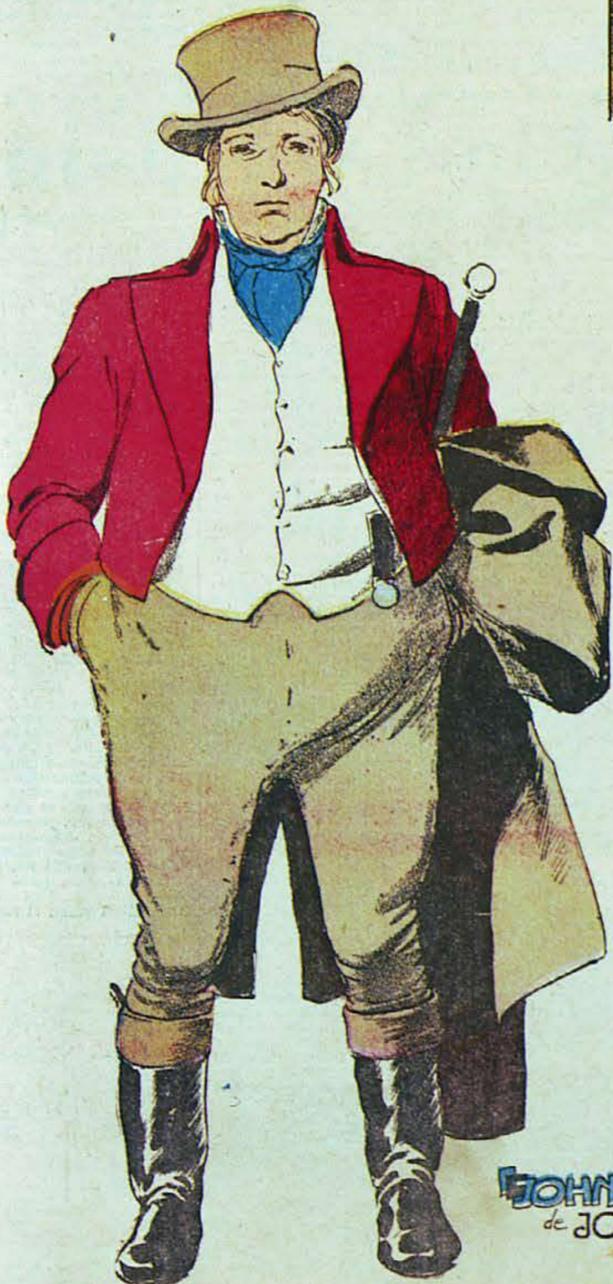
VISTO Y OIDO ★ Una Horca con 40.000 Clientes ★ por PREMIANI



EL PRIMER FARO EXISTIO en las CERCANIAS de ALEXANDRIA. Era una TORRE CUADRADA de MÁRMOL BLANCO y tenía 150 MTS. de ALTO, en cuya CIMA se HACIA UNA GRAN FOGATA de LEÑA.



La GRAN GUERRA de 1005 entre MODENESES y BOLOÑESES LA PROVOCARON unos SOLDADOS de la REPUBLICA de MODENA que ROBARON la CUBETA de un POZO PÚBLICO de BOLONIA. De esa GUERRA RESULTÓ PRISIONERO y MUERTO FINALMENTE el REY ENRIQUE de CERDEÑA.



JOHN BULL SURGIO del PROTAGONISTA de una NOVELA SATÍRICA de JOHN ARBUTHNOTA, en la que SE CRITICABA el CARÁCTER de los INGLESES.



Este ÁRBOL en CONSTANTINOPLA SIRVIÓ para AHORCAR 40.000 personas entre CRISTIANOS y JUDÍOS.



GORKI es un SEUDONIMO del GRAN ESCRITOR RUSO y QUIERE DECIR "AMARGO". Su VEDADERO NOMBRE es MARSIMOVICH PESHKOF.

DISCIPLINA

EN el claror amarillento de la celda, el cigarrillo que Red apretaba nerviosamente en sus labios, tuvo un fugitivo destello. Su boca y sus fosas despidieron un humo acre, que nubló por un instante el letrero de cartón que colgaba de la lampara: "Esta prometedora excursión en el piso y sobre las paredes".

Red apoyó sus palmas en el escritorio gris tendido sobre la mesa y se incorporó, a horcajadas sobre el banco bajo. El cigarrillo, despedido con violencia, fue a aplastarse contra las fichas de cartón apiladas en el centro del cobertor.

Los otros seis hombres reunidos en torno a la improvisada mesa de póker lo miraron un corto instante, para desviar en seguida los ojos. Red se alejó del grupo, recorriendo lentamente el vestíbulo. Su figura elevada, encorvada, moviéndose con gestos rígidos. Los tacos duros de sus botas calearon retumbando sobre el piso de concreto. Sobre el rostro contraído, blanco, las grandes cejas se arqueaban como las alas de un ave. Sus ojos grises, inyectados de sangre, parecían dos rajaduras rojas. Los hombres, al mirarlo, desviaron la mirada.

«Otra vez desplumado! ¡Dios! ¿qué le pasaba? ¡Todo el santo día entregado a ese juego! ¡Loro por las barajas! Al cabo de diez horas, apenas si podía ver las manchas sobre las cartas. Cuatro dólares sesenta, el remanente de la suma que su hermana le había desfilado en su última visita. No más cigarrillos por un mes; no más juego. ¡Jesús, era como para enloquecer! Dió media vuelta, tornando sobre sus pasos; sus ropas de presidario crujiéron; sus pantalones le rasparon la piel. Hasta las gruesas botas resultaban estrechas para sus pies.

Por todas partes, un rumor ininterumpido de conversaciones. La atmósfera, turbia de humo de tabaco y de olor de cuerpos sucios, adhería temazmente a sus narices. Ante sus ojos dementes pasaron numerosos rostros; rostros marcados, todos ellos, por esa extraña docilidad común a los prisioneros. Hileras de tariminas obsesionaban su espíritu. Y como fondo de sus pensamientos, la valla implacable que formaban los gruesos barrotes de acero.

«Cinco años! ¡Jesús! Estaba harto de todo esto... ¡harto! La monotonía inmutable; levantarse a las seis; desayunarse a las

siete; pasear a las ocho; almuerzo a las once; pasear a la una; cena a las tres; de vuelta al dormitorio; apagar las luces a las nueve; silencio y obscuridad hasta las seis; y lo mismo al día siguiente. ¡Uniformes grises! ¡Uniformes grises! ¡Uniformes grises! ¡Ángulos, pedregales, ladrillos, barrotes...! ¡Todo igual! Hasta los convictos se parecían entre ellos. Uno sabía lo que iba a decir otro antes de que lo dijese. Un ciclo interminable, monótono como la eternidad. Una cadena interminable de días, que comenzaban a las seis, terminaban a las nueve. Red giró sobre sus talones, dirigiéndose hacia el otro extremo del vestíbulo. Alguien tocó su brazo.

«¿Quieres comprar algunas naranjas, Red? ¡Dos por diez!»

Red se detuvo, mirando al otro con extrañeza.

«¿Eh?»

«¿Quieres comprar algunas naranjas... dos por diez? — repitió el hombre.»

«¿Dónde están?»

«Las conseguiré el domingo que viene. Pero necesito la plata ahora. Tengo que hacer algo. La expresión de Red se alteró. Tuvo impulsos de golpear al hombre en la boca. No, en la boca no; en el cuello, justo debajo de ese lunar. Una rápida finta a la izquierda, seguida por un golpe con la derecha en el cuello, y luego mirar sus ojos desorbitados.

Echó el busto hacia adelante, el cuerpo tenso. Dijo, con voz cansada:

«No, compañero. No quiero naranjas.»

El hombre dijo:

«Estoy bien. — y se alejó. Red quedó inmóvil. Pudo oír al hombre hablando con otro

de él. No vigilaba a un grupo de hombres desesperados. ¿Qué esperanza! Era sólo un ex boxeador obeso que se ganaba cinco dólares al día de la manera más fácil que sabía.

Sus pies lo llevaron hacia esa dirección. ¿Qué diría si fuera de recho hacia él y le «encasase» una porra en su cara de idiota? ¡Jesús, era una idea! El «agujero» por treinta días. ¡Al diablo el «agujero»! Confinamiento solitario, tal vez. ¡Por el infierno! Sería un cambio de todos modos. Aceleró el paso.

«¿Tendría el valor de hacerlo? ¿Valor? No era eso. Era el tener que derribar los espesos muros de la disciplina.

Se detuvo frente a la mesa del guardián. El hombre no desvió siquiera la vista del diario que estaba leyendo. Sus músculos se tensieron, prontos para asestar el golpe. Y entonces... No podía, no podía hacerlo... eso era todo.

Se alejó.

Etiqueta de prisión. Los guardianes podían golpear a los convictos aunque sólo fuera por divertirse. Eso no se hacía.

Sus músculos vibraron como los músculos de una oveja bajo el cuchillo del carnicero. ¡Loco! ¡Se estaba volviendo loco! Tuvo deseos de gritar.

Oyó una voz decir quedo: «No, ahora no! Alguien puede vernos...» Dirigió la vista hacia una cama que tenía una cortina en uno de sus costados. Un hombre ya maduro hallábase sentado sobre ella, junto con un joven muy guapo, con los labios pintados y las mejillas cubiertas de polvo de arroz. Los ojos del joven se encontraron con los de Red y parecieron decirle: «Y bien, ¿qué te importa?»

«Hallaría el olvido imitando? se preguntó Red. Quién sabe si con eso volvería a torturar el recuerdo del espacio y del cielo, del silbato de las locomotoras de Arizona, por las noches otoñales. Sus pensamientos se tornaron oscuros. Tuvo una sonrisa sarcónica.

Echó a andar por el vestíbulo. Ojalá todo se fueran al infierno, cada uno a su modo. Eso era ser tolerante. Esa idea lo llenó de una amarga satisfacción. Sus ojos captaron cuadros a los que su mente no asignaba sentido alguno: un campeón de box pavoneándose en el extremo del dormitorio, exhibiendo sus músculos; un convicto sorrido, estudiando a un hombre casi ciego, con espesos anteojos verdes, recorriendo rápidamente el vestíbulo; un negro adormecido, dando manotitas en el aire para ahuyentar a una mosca imaginaria; un hombre de dedos bastos tallando un cofre; un horario de trenes emergiendo del bolsillo de un condenado a perpetuidad; un portero negro lustrando zapatos; un hombre delgado y calvo, de camisa púrpura, quitando una mancha de su pantalón tendido sobre el piso.

«Oh, ya viene el trencito!... Un anciano negro y un muchacho flaco, de tinte parduzco, estaban sentados codo con codo en una cama, la Biblia frente a ellos, ralmendiando las letanías.

Red pensó: tal vez me metieran adentro por estúpido. Cantando en honor a su Dios. No conocía ni la primera letra de todo eso. No querían conversarlo tampoco. Sólo un desahogo emocional, un sustituto para el tormento del sexo.

Se alejó con asco.

Sus pies parecían de plomo. Tenía la boca amarga. Se mordió el labio, se humedeció los labios con la lengua. ¿Qué podía hacer? ¿Había algo en toda la cárcel para un hombre a punto de sufrir un ataque de demencia? ¿Leer? Ya lo había intentado. Sólo palabras desfilando una detrás de otra ante sus ojos. ¿Jugar? Pero había perdido todo su dinero.

Tomó un paquete de tabaco de su bolsillo y enrolló un cigarrillo. El tabaco sabía a papa. ¡Al infierno con todo eso!

Se arrojó a una ventana, mirando hacia el patio.

Entonces los años desfilaron con velocidad caleidoscópica por su espíritu. Años en las callejuelas de Bronx, donde había nacido — pasajes estrechos, arroyos hediondos, suciedad, penurias —, pero, aun así, había podido ver el cielo. Años pasados en las esquinas por las noches, vendiendo diarios a un mundo que marchaba bajo las estrellas. Años de adiestramiento con un grupo de jóvenes ladrones. Años pasados en tierras de ultramar, en trincheras agostadas — cubierto de piojos, entumecido por el frío, cuerpos malolientes de millares de hombres —, pero el cielo tendiéndose, ancho y libre, sobre su cabeza. Años en la marina — Nicaragua, China, inmensas extensiones de agua azul — el mundo transformado en lugar de destiles. Años en que había viajado a través del país, trabajando aquí y allá — una muchacha o dos, amigos ocasionales, un poco de dinero de cuando en cuando, ninguna responsabilidad... ¡Libre! ¡Libre!

Se sorprendió pronunciando las palabras: «Largos años atrás hemos vivido, gozamos el amanecer, admiramos el crepúsculo...» ¡Al diablo! ¡Por qué no había dejado sus huesos allí, en los campos de Flandes? Ni siquiera un rasguño. Y ahora, pudriéndose en una cárcel soez.

Se sintió sofocar. Una toalla mojada humeaba sobre el radiador junto a él. Abrió la ventana. El aire fresco y húmedo le refrescó la frente. Aspiró profundamente. Hasta el aire del patio parecía tener un sustillo de prisión; pero era un destilado a atmosférica de ambiente de adentro.

«¡Dios! Habría querido gritar para toda la eternidad.

Algunas entono una clara melodía, acompañándose con una mandolina. Una voz ensayó una nota; escuchó las palabras: «A veces me pregunto, durante las noches solitarias...»

Se volvió hacia la voz. Un joven de cara infantil estaba sentado en una silla de bambú, con la mandolina sobre sus rodillas.

«Te gusta esa...» «Polvo de Estrellas», inquirió.

Red asintió. Muchacho listo, se dijo. ¿Cuál podía haber sido su delito? Le recordaba una chica a quien conociera, dueña de un nombre muy extraño, de Lessee... ¿Leon? En Sacramento... también estaba esa otra moza en Nicaragua, cuando estaba en la marina. Había olvidado su nombre, pero su rostro persistía en su memoria como una melodía que uno recuerda en el medio de la noche, por muchos años. ¿Dónde había leído eso?

Y entonces de los labios del cantor salieron palabras que cobraron significado en su mente: «Déjame tener en mis brazos esta noche, Leon».

Tuvo una visión imprecisa, pero cristalina, de su vida de presidario. Su mente fue un semillero de larvas. Dijo con una voz baja, deliberada: «Maldito sea el Dios que me ha creado para una existencia como ésta».

El muchacho de la mandolina lo miró con alarma. Red sintió vergüenza. ¿Por qué maldecir a Dios? Era su culpa de que estuviera ahora allí. Si se hubiese detenido cuando erró a aquel tuante la primera vez; si se hubiese detenido y puesto el revólver en el bolsillo... En cambio, lo había vaciado en el cuerpo del otro. Pero es que el muy cochino le había lanzado un in-

sulto que ningún hombre podía admitir.

Al evocar aquel período de su vida, sus dedos se contrajeron convulsivamente. Su víctima ya no llamaría a ningún hombre de ese modo.

Se volvió abruptamente, encaminándose por entre las camas hacia el centro del vestíbulo.

Oyó una voz decir quedo: «No, ahora no! Alguien puede vernos...» Dirigió la vista hacia una cama que tenía una cortina en uno de sus costados. Un hombre ya maduro hallábase sentado sobre ella, junto con un joven muy guapo, con los labios pintados y las mejillas cubiertas de polvo de arroz. Los ojos del joven se encontraron con los de Red y parecieron decirle: «Y bien, ¿qué te importa?»

«Hallaría el olvido imitando? se preguntó Red. Quién sabe si con eso volvería a torturar el recuerdo del espacio y del cielo, del silbato de las locomotoras de Arizona, por las noches otoñales. Sus pensamientos se tornaron oscuros. Tuvo una sonrisa sarcónica.

Echó a andar por el vestíbulo. Ojalá todo se fueran al infierno, cada uno a su modo. Eso era ser tolerante. Esa idea lo llenó de una amarga satisfacción. Sus ojos captaron cuadros a los que su mente no asignaba sentido alguno: un campeón de box pavoneándose en el extremo del dormitorio, exhibiendo sus músculos; un convicto sorrido, estudiando a un hombre casi ciego, con espesos anteojos verdes, recorriendo rápidamente el vestíbulo; un negro adormecido, dando manotitas en el aire para ahuyentar a una mosca imaginaria; un hombre de dedos bastos tallando un cofre; un horario de trenes emergiendo del bolsillo de un condenado a perpetuidad; un portero negro lustrando zapatos; un hombre delgado y calvo, de camisa púrpura, quitando una mancha de su pantalón tendido sobre el piso.

«Al pasar frente a una cama, una frase hirió su oído: —Esa no es Miriam Hopkins; esa es... esa es...»

Dirigió una rápida mirada hacia el lugar de donde provenía la voz. Dos hombres de cabello gris hojeaban una revista de cine.

Prosiguió su marcha, se detuvo junto a una columna, se apoyó contra ella y prendió un cigarrillo. Una frase, al herir improvisadamente su tímpano, lo hizo sobresaltar: «Yo no fui para hacer eso!» Dejó caer el cigarrillo. La voz continuó en un murmullo ininteligible. Un prisionero dormido se volvió en su tarima, pasándose una mano por el rostro.

«Al pasar frente a una cama, una frase hirió su oído: —Esa no es Miriam Hopkins; esa es... esa es...»

Dirigió una rápida mirada hacia el lugar de donde provenía la voz. Dos hombres de cabello gris hojeaban una revista de cine.

Prosiguió su marcha, se detuvo junto a una columna, se apoyó contra ella y prendió un cigarrillo. Una frase, al herir improvisadamente su tímpano, lo hizo sobresaltar: «Yo no fui para hacer eso!» Dejó caer el cigarrillo. La voz continuó en un murmullo ininteligible. Un prisionero dormido se volvió en su tarima, pasándose una mano por el rostro.

que no era prudente tener que verseles con un guardián.

Sus pasos lo llevaron al otro extremo del dormitorio. Rostros conocidos desfilaron ante su campo visual. Sus ojos inyectados de sangre crearon formas y figuras. Hallóse nuevamente en el Pozo Negro.

Los negros parecían poseídos. Rasgueo de instrumentos... Los vagidos de un saxofón. Red quiso mirar el saxofón y vio a un muchacho negro soplando a través de un peine. Cuapeos elásticos agitándose al compás con el ritmo dormido... Pies golpeando isócronos el piso... Un joven trazando algunas pasadas, encasquetado hasta los ojos... Dentaduras blancas brillando en

«Al pasar frente a una cama, una frase hirió su oído: —Esa no es Miriam Hopkins; esa es... esa es...»

Dirigió una rápida mirada hacia el lugar de donde provenía la voz. Dos hombres de cabello gris hojeaban una revista de cine.

Prosiguió su marcha, se detuvo junto a una columna, se apoyó contra ella y prendió un cigarrillo. Una frase, al herir improvisadamente su tímpano, lo hizo sobresaltar: «Yo no fui para hacer eso!» Dejó caer el cigarrillo. La voz continuó en un murmullo ininteligible. Un prisionero dormido se volvió en su tarima, pasándose una mano por el rostro.

Esa voz pretenciosa de sábelotodo le crispaba los nervios. Pudo distinguir un rostro curtido, unas cejas grises, un «Un granjero! ¡Un cochino granjero! Luego una voz de negro: —Apostaría mi vida contra un cobre que cuando lo caen al tipo ese habrá...»

«Acepto la apuesta...» dijo Red.

Volvía a escuchar la voz del muchacho, que entonaba ahora otra canción. El muchacho tenía dientes blancos y regulares. Todos cesaron de hablar para mirarlo. Soportó sus miradas, escupió en el suelo.

Oyó a una voz decir: —¡Pavadas!

«Dillinger! pensó. Un pobre tipo a quien los años de cárcel volvieron rabioso. El destino lo había empujado; no podía volver atrás.

Se dirigió hacia el otro extremo de las letanías, aspirando por tres veces el humo de su cigarrillo. Pudo sentirlo hasta lo más profundo de sus pulmones. La piel le estrabó el rostro.

Pero aquí todo estaba tranquilo. Quiso descansar. De pronto un ruido imprevisto le taladró el cerebro. Un lavatorio roto dejaba escapar un tenue hilo de agua. La piel se contrajo en su cara como la piel de una serpiente.

Se encaminó hacia el Pozo Negro.

De entre las risas y el cámoreo de las voces surgió un gemido, desgarrador, estremecedor por la angustia de una raza que ha aprendido a sufrir: «Duu-ruante toooooOoo la noche me quedo sentaado en mi ceeelaa y loooooOOO-r!»

«¡Loco! ¡Se estaba volviendo loco! Ya no podía aguantar más. ¡Dios! Dios en los cielos, ya no podía aguantar más.

Sus visiones perdieron toda perspectiva. Por todos lados, los barrotes de acero se cerraron sobre él. Avanzó una mirada débilmente en los ojos. De pronto, las luces se apagaron... Y volvieron a apagarse... Era la hora de ir a la cama.



iones le rasparon la piel. Hasta las gruesas botas resultaban estrechas para sus pies.

Por todas partes, un rumor ininterumpido de conversaciones. La atmósfera, turbia de humo de tabaco y de olor de cuerpos sucios, adhería temazmente a sus narices. Ante sus ojos dementes pasaron numerosos rostros; rostros marcados, todos ellos, por esa extraña docilidad común a los prisioneros. Hileras de tariminas obsesionaban su espíritu. Y como fondo de sus pensamientos, la valla implacable que formaban los gruesos barrotes de acero.

«Cinco años! ¡Jesús! Estaba harto de todo esto... ¡harto! La monotonía inmutable; levantarse a las seis; desayunarse a las

convicto. «¿Quieres comprar algunas naranjas, Smith?...» Se sacudió como un perro que saliera del agua. Sus labios se contrajeron. Debía golpearlo. No sabía por qué no lo había hecho. Cinco años atrás, lo habría dejado tendido en el suelo. Pero ahora, al cabo de cinco años de disciplina...

Tuvo una risa áspera. Su mirada incierta se posó sobre los plácidos rasgos del guardián sentado en una mesa en el otro extremo del dormitorio, cerca de la puerta. Lo inundó un sordo resentimiento. ¡El muy cerdo! ¡Sentado allí, mordiendo su puchito con la inalterable indiferencia en un buey mientras centenares de convictos, con mil años de cárcel, movíanse en torno a

vigas de hierro sosteniendo el cielorraso bajo, también de cemento.

Hombres leyendo, estudiando, dibujando, jugando, pulsando instrumentos musicales, haciendo envoltorios, tallando cofres, escribiendo a máquina, hablando, riendo, blasfemando; hombres surgiendo de entre las camas con la marcha rastreada, la dentada, de los cangrejos. Caras de rasgos distintos, de expresiones distintas, pero todos señalados con una semejanza indefinible.

«¡Ruidos! ¡Millones de ruidos! El ruido de los hombres — retumbo de los tacos, gritos, vociferaciones, risas, cantos; los ruidos del dormitorio — rechinar de radiadores, sibido del vapor en los caños, camas de hierro arrastradas sobre el piso; los ruidos exteriores inmiscuándose a través de una ventana abierta; el silbato lejano de una locomotora; la sorprendente estridencia de una bocina en la carretera, el vacido distante de una sirena policial. ¡Confusión!

Un turbión rojo inundó el cerebro de Red.

Fue hacia el «Pozo Negro», en el otro extremo del dormitorio, cerca de las letanías, donde se reúnan los negros. Quería ver lo que hacían.

Piel de Georgia... Un grupo de semblantes tenebrosos... Cartas barajadas con mano experta... Maldiciones suaves, densas, alzándose como un humo espeso... Un muchacho negro pulsando un ukelele, los pies marcando un tiempo... Otro ensayando un paso... Un círculo de cuerpos balanceándose... Manos palmeando con rítmica precisión. Rostros animados... ¡Rateros! La mayoría de ellos en la cárcel por haber robado un jamón o deslizar un arma a un obrero en huelga. Algunos por haber tajeado a sus mujeres. Los días pasaban sin que ellos lo advirtieran. El tiempo no tenía para ellos sentido alguno.

Surgió una voz de entre dos camas: —¡Oh, ya viene el trencito!

Crúcese de Palabras

I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII
C	I	S	N	E	S		G	N	O	M	O	N
II	O	B	O	E	S		P	O	P	E	R	A
III	C	E	B	U	L	I	S		A	N	E	S
IV	A	R	R	A		N	A	L	U	S		
V	R	A		A	L	A	D	I	N	O	S	A
VI	A	U		A	T	O	M	O		A	U	
VII	U	R	U	L	C		A	N	I	M	A	
VIII	C	A		R	E	U	N	I		O	S	
IX	O	C		B	A	L	S	A	M	O	P	O
X	M	U	D	A	N		U	O	R	C	H	S
XI	P	R	I	M		G	R	O		C	A	D
XII	A	R	A	B	E		A	G	A	R	U	A
XIII	S	O	L	A	N	A		P	E	L	I	A

(SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR)

FOR

CRESTER B. HIMES

ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI

★

Fue a su propia cama, la enbeza vacía de pensamientos, de todo. El sólo gesto de alzar las manos le costó un esfuerzo. Recogió una revista, volviendo distraídamente sus páginas. No podía ver ni siquiera las fotografías. Dejó caer la revista, profiriendo una blasfemia por lo bajo.

De nuevo en el vestíbulo, púsose a caminar febrilmente. La sangre rebullía en su cabeza.

Alguien lo embistió. Fuera de sí, le asestó un puntapié en la rodilla. Una voz dijo: —¡Cuidado, muchachos! Red está en sus trece.

Se volvió hacia el punto de donde había venido la voz. Dos piernas grises recorrieron rápidamente el vestíbulo en dirección de la mesa del guardián. Red se puso a seguirlos.

Y entonces... ¿Qué demonios ocurría? Su marcha se aminó. ¿Acaso tenía miedo del guardián? Giró sobre sus talones. Noooo, no tenía miedo. Sólo

«Al pasar frente a una cama, una frase hirió su oído: —Esa no es Miriam Hopkins; esa es... esa es...»

Dirigió una rápida mirada hacia el lugar de donde provenía la voz. Dos hombres de cabello gris hojeaban una revista de cine.

Prosiguió su marcha, se detuvo junto a una columna, se apoyó contra ella y prendió un cigarrillo. Una frase, al herir improvisadamente su tímpano, lo hizo sobresaltar: «Yo no fui para hacer eso!» Dejó caer el cigarrillo. La voz continuó en un murmullo ininteligible. Un prisionero dormido se volvió en su tarima, pasándose una mano por el rostro.

«Al pasar frente a una cama, una frase hirió su oído: —Esa no es Miriam Hopkins; esa es... esa es...»

Dirigió una rápida mirada hacia el lugar de donde provenía la voz. Dos hombres de cabello gris hojeaban una revista de cine.

Prosiguió su marcha, se detuvo junto a una columna, se apoyó contra ella y prendió un cigarrillo. Una frase, al herir improvisadamente su tímpano, lo hizo sobresaltar: «Yo no fui para hacer eso!» Dejó caer el cigarrillo. La voz continuó en un murmullo ininteligible. Un prisionero dormido se volvió en su tarima, pasándose una mano por el rostro.

Museo de la Confusión

EN cierto epistolario sentimental de que es portadora la revista "Para Ti", del 28 de agosto, encontré un peligroso consejo dedicado al seudónimo No lo sé, de Perú. Con el objeto de que el lector se entere de los pormenores del caso, transcribo íntegramente la contestación de Marisa a la necesitada perulera. Es esta:

No lo sé, Perú. — Puede ser muy bien, hija mía, tanto más querida cuanto de más lejos me escribes, que se trate de un joven verdaderamente tímido o excesivamente observador y que esté estudiándose a fondo antes de declararse. Merece aplauso su proceder, por lo prudente. A todas luces, va por ti; por lo tanto, extrema la solicitud con él, tus atenciones; pon de manifiesto tu bondad, tu amabilidad; interésate por su salud, por sus asuntos. Cosa de que el comprenda que no le eres indiferente, y como se ve que él te aprecia, pronto prenda la chispa y se producirá lo que deseas. No está de más que alguna vez te finjas indisputada, para ver el efecto que le produce, y por él deducir la verdad.

Es indudable que el sistema recomendado no deja de ser novedoso y tentador, pero exige de parte del que lo practique un gran tacto y desarrollado sentido de la oportunidad. Sería de funestas consecuencias por ejemplo someter al posible candidato a largos interrogatorios en la gloria con el objeto de averiguar cómo anda la pierna de palo o como sigue el ojo de vidrio, o pretender quedar bien con

el festejante solicitando su dentadura postiza para hacerla admirar por todos los asistentes al acto o por los más allegados al cottage. Referente a los falsos malestares de la casadera, también requieren suma cautela y un refinado gusto en su elección. Quedarse profundamente dormida para impresionar al consorte en el período más interesante de una anécdota de salón, fingiendo haber sido picada por una mosca tsé-tse; depositar una milanese o un bolo de alimento sobre la alfombra de Smerdis imaginando una lícra al estómago en lo de Estragomou; dar muestras de asfixia en un paseo al aire libre pretendiendo haberse tragado una lombriz solitaria; llenar de baba los salones de la Exposición Rural con todos los síntomas de la fiebre aftosa para congraciarse con el joven Ballrich, etc., no creo que constituyan las mejores variantes para atraerse al príncipe hindú, al gentleman rider o al hijo del millonario. Claro que si se alterna con gracia una parálisis, un estornudo, un delirio de persecuciones, una calvicie, una neumonía pestosa, un forunculo, un baile de San Vito y un dolor de estómago oportuno al probar un bombón en el palco avant-scène; al aspirar un ramo de gladiolos, al contemplar una obra de arte, al colocar una piedra fundamental, al inaugurar un servicio, etc., pueden obtenerse resultados halagüenos que premien todas las vicisitudes.

★

En la misma revista, en la sección Cinematográfica, a manera de responso por el fallecimiento de la actriz Marie Dressler, leí lo que sigue:

Viejecita fea, viejecita desgarrada, viejecita gruñona; has desaparecido para siempre, privándonos del inapreciable don de tu gracia, de tu humorismo, de tu chispa!

Y más adelante agrega: «Es posible que a ti, que llevaste toda una época de la cinematografía mundial, con tu figura magra y tus ojillos vivarachos, es posible que el tiempo llegue a echar su manto de olvido sobre tu recuerdo, tan

grato, tan hondamente atraído en nuestros corazones?»

Y ahora me pregunto yo: ¿Es posible que a los quince días de la desaparición de la nombrada, ya se comience a ignorar hasta el punto de restarle a quien se lo podía presentar a Greta y de enflaquecerle la silueta nada menos que a ella que era capaz de darle tres ríonadas, dos cuadriles, varios pleros, algunas balanzas y variadas carnicerías de ventajita a Wallace Beery, Oliver Hardy y a los tres chanchitos y todavía ganarios por un fiambre surtido para cuatro comensales? Dejo constancia que tampoco estoy de acuerdo con la costumbre de elogiar a un extinto tratándolo de vejstorio, gruñón, desgarrado y horripilante.

★

En un cuento titulado "Maldrecha!" descubrí en el mismo "Para Ti" el pasaje que continúa:

Detestaba los grandes centros, ruidosos y desordenados; y luego de instalarse en su novel hogar y de trabar relaciones con las vecinas, decidió dedicarse a las cosas más elevadas de la vida. Organizó una Sociedad Teatral de Aficionados, y dedicó a ella la mayor parte de sus actividades. Lo demás de su tiempo lo ocupó en pintar frisos griegos en el "hall", y en el cuarto de baño uno de grandes pájaros que ponían nervioso a Juan.

Ignoraba que la organización de sociedades teatrales de aficionados y el pintar frisos griegos al lado de la bañadera, el lavatorio, el Pescadón, Diluvio, Rugia, etc., constituyera lo más elevado de la vida. Y la cria del pato-ameja, la lucha contra el acrido, la reconquista del Santo Sepulcro, la cruzada eucarística, los huérfanos militantes, la colecta pre-nupcial, el día del árbol, la semana del bulbo, el mes de María y el año bisieto no representaban nada para la heroína del cuento?

★

Ahora les toca el turno a dos ofebres incomparables. Uno de ellos es Fausto Dantas, el otro

Julio Burgos. El primero en un cuento que titula Un beso, publicado en cierto Home Sweet Home, dice lo siguiente:

«Déjate el sombrero y el "burberry" en las manos del "groom" y subí al primer piso. Hábía un orcollito a morisco, característico de este elegante restaurante, mezclado a un perfume suave y penetrante de mujer.

No quisiera pensar ni por un momento que el olor a que se refiere el autor fuera a marisco, por que sería restarle elegancia al restaurant y desprestigiar a las damas sibaritas. Con seguridad el perfume notado provenía de algún apurado lector de "La gloria de Don Ramiro", de la presencia de doña Guilmora o de las cercanías de Aixá. También podía haber acontecido que el aroma se debiera al groom, al burberry o a algún foxterrier habituado.

Refiriéndome al otro ofebre, diré que tiene el sentido del olfato mucho más desarrollado que el husmeador de Abd-El-Krim. En la composición bautizada "Aire de Vallista" dice el olfateador: «De las figuras de cieuelos de dama y donigales, de las bigarras de los hijos negros, de las vides moscateles, de los duramos cuaremillos, venía un gratísimo aroma, un soñado olor de cerro, huerto, campo y nube.

Si, sobre todo el olor a nube debe haber sido mareante. Menos mal que estaba neutralizado por los otros almizcles, que si no hubiera sido necesaria la presencia de un perro muerto o de un chanchito, para que el autor pudiera contar el cuento.



EL PAMPA NICASIO

¡TATA! — gritó al-
to... ¡Tata! —
gritó al-
to... ¡Tata!

ATA... ¡Tata!
— gritó al-
to... ¡Tata!

ATA... ¡Tata!

riacotenido por lo inesperado
de la carga que le llevó el ofen-
dido.

— ¡Pruebemelo! ¡Pruebeme-
lo! — recriminó El Pampa,
prendido como saquaypé contra
el rosillo.

Por unos instantes quedaron
observándose. El Pampa, de-
mostrando una ira que en reali-
dad no poseía; D. Filemón, tor-
nándose manso, desarmado por
no poder probar lo que acaba-
ba de decir y sin salir de su
asombro. "Porque amigo, ¿quién
hubiera dicho que un hombre
tan pesado y en un animal que en
apariencia era una oveja, no le
diera tiempo ni a moverse?"
— ¡Gran pucha...! ¡ay de pampa
es andar bien montao!"

— ¡A usted se
le huido la len-
gua! — retó El
Pampa, ya due-
ño de la situa-
ción.

D. Filemón
ensayó una dis-
culpa.

— Pa decir
verdad... a mí
m'han dicho
que usté... —

— ¡Sí, sí; yo comprendo —
interrumpió Nicasio — que soy
ladrón... ¿No eh'eso?... —

— Ah, ah... —

— Vean que laya di' hombre la
suya... ¿vebándose 'e cuen-
tos...? ¿Quién hubiera dicho?... —

D. Filemón no tuvo palabras
para proseguir; la astucia de
El Pampa lo había vencido, y
comenzó a pasar la mano por el
tuse de su montado.

Veterano en estas artes, El
Pampa fué despojándose calcu-
ladamente de su fingido enojo,
para interrogar en suave transi-
ción:

— ¿Y qué es lo que lo traí-
tan enojao, D. Filemón?... —
Vea qué ocurrencia la suya
tratarme ansina...; a mí tan
luego, yo que soy un hombre
del que naides puede decir na-



dita que no sea p'agradeceme;
a usted le costa, D. Filemón, us-
té sabe que yo vivo haciéndole
servicios a tuito el mundo... —

Y acá D. Filemón hubo de
conformarse; que El Pampa era
baquiano para campar antra-
les, no tenía duda; le conocía
algunos "servicios" hechos, en
cambio lo otro podía ser char-
las y él estaba en un trance "e
prueba que no se lo "disiaba a
naides".

riosidad: — ¿De qué pelo son
loh animalitos?... —

— Una picasito tero, marca'e
D. Timoteo Barragán... ¿Co-
noce la marca'e D. Timoteo
Barragán?... —

— ¡La marca'e Don Timo-
teo?... — fingió hacer memo-
ria El Pampa, mirando el sur-
lo — ¡La marca'e D. Timoteo
Barragán?... Ah, ah; sí, sí;
ya ricuerdo... —

— Emprestada — aclaró el
informante —, volcada p'al lao
de ajuera; le abarca todito el
cuarto... ¿Grande la marca'e
D. Timoteo?... —

— Ah, ah; ¡grandaza!... —

— Por más señas, aflicia'e la
cuerda en la pata del lao del
lazo.

no tengo más qu'el mon-
tao... —

D. Filemón apuntó a las ca-
sas con su rosillo, preocupado
por lo que acababa de ocurrirle.
"Porque vean que ha hecho un
mal papel, ¡cosa bárbara!...
Chico lo casi se le arma por lle-
vars'e conversaciones... Y val-
gais que arrojó a tiempo,
¡que de nó!, a estah'oras sabe
Dios en las que andaba..."

Días después, una tardecita
en que El Pampa Nicasio se ha-
llaba en el patio del rancho, ma-
teando y conversando con sus
perros, como tenía costumbre,
llegó de improviso el hijo de
D. Filemón.

Deteniendo en seco el galope,
cerca de El Pampa, le largó sin
respirar:

— Manda decir mi tata que
muchas gracias por loh animal-
es que le trujo y que le haga el fa-
vor d'emprestarle el asador y
que lo invita pa que vaya por-
que han venido unas vesitas y
que no va'ya faltar porque la
cosa va a estar güena y va sobrar
carne.

Se levantó D. Nicasio, y mo-
viendo lentamente su cuerpo
maceta y fulto de armonía, fué
a descolgar el azador del peón
del medio.

— Decile a tu padre — dijo
a tiempo de entregarle el asa-
dor — que lamento no poder
dir, pero que por eso no vayan
a dejar de divertirse; yo ando
medio con jaqueca, y por lo
tanto no estoy pa fiestas,
¿m'óis?... —

— ¡Sí, D. Nicasio.

— Güeno, andá.

— A medio irse lo contuvo.

— ¡Ché, veni!...

— ¡Qué, D. Nicasio?

— El Pampa le brillaron los
ojos de picardia, y después de
hacer como que pensaba, pre-
guntó haciéndose el lelo:

— ¿Quiénes son las vesitas?... —
— Uno es el sargento'e pole-
sía, también la paraguaya Ma-



ría la Flaca y El Chivero que le
dican y D. Antenor con lah'ijas
y... —

— ¡Por lo que parece tan de
balle? — interrumpió El Pampa.

— ¡Sí, D. Nicasio; aurita ten-
go'e dir di'un galope hasta lo'e
Sosa pa que vaya con la gui-
tarrá.

Y como El Pampa no tenía
interés en saber más nada y se

volviera a su asiento, el "guri"
pegó la vuelta y salió hirviendo
en su petiso malacará con el
asador por delante.

El Pampa Nicasio se dió a la
tarea de darle filo a su cuchilla
mocha, cachas amarillas, a
la vez que amasaba en su pen-
samiento un sin fin de cálculos
en relación con sus aviesos pro-
pósitos.

"Oportunidad que se va, no
güelva — se decía, acostando
sucesivamente la mochita en la
piedra — y a estos atrevidos
que acostumbra a yevarse la
gente por delante, ahí que dar-
les una lecciónita de tanto en
tanto... ¡Ah, ah; no ve qué's
muy fácil tratar a un hombre
ladrón!... Sí, sí... Yo te viá
cer ver quién es Nicasio Flo-
res, ¡no ahí cuidao!; se te va
dir como por encanto la cus-
tumbre y evarte la gente por
delante..."

ARTURO J. VASQUEZ

ILUSTRACION DE
JUAN SORAZABAL

Vacilando un tanto, comenzó
D. Filemón:

— Vamoh'ablar claro, D. Ni-
casio... — dijo.

— Claro, puch'amigo; por ahí
hubies'empieza; entre nojotos
no puede ser de otro modo... —
dió su consentimiento El Pampa,
esbozando un gesto amable.

— Resulta... — comenzó dan-
do los motivos de su enojo don
Filemón — que se me han extra-
viado unoh'animalitos hará cuen-
ción de una semana, y m'he pelao las
naigas galopando pa tuitos laos,
pero al hilo, ¡ni que se loh'ubie-
ra tragao la tierra!...

— ¡Hágase cargo! — respon-
dió con asombro bien fingido
El Pampa, sabedor del robo has-
ta el último detalle, para inte-
rogar con mejor simulada cu-

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

QUIERO UNA DE
ESAS AGUJAS
ACANALADAS.

TOMA, INOCENTE
¡CIATULA DEL
SEPTIMO
CIELO.

¡OH, EL AIRE MATINAL
Y LA FRESCA
BRISA DE LAS
MONTANAS!

PFF

PESCARÉ UN PEZ
QUE VENGA ADE-
NTRÓ DE UNA LAJA
DE SARDINAS.

EN FIN: UN PEZ
QUE HUBIERA
ADORADO
CLEOPATRA.

¡CARAMBA!
SE CORTO
EL HILO.

¡PLUM!

TE FELICITO, ERES EL
NUEVO CÉSAR CONTANDO
EL NUDO GORDIANO
A VUELO DE PAJA
RO Y MUGIDO
DE VACA.

LOS CEBOLLITAS ESTAN
NUBLANDO EL CIELO
ARRASANDO LA MAR
Y TALANDO LOS
BOSQUES.

VOY A LLENAR-
LES LA CABE-
ZA DE NU-
DOS Y CAS-
CABELES.

¿VES ALGO REFLE-
JARSE EN LAS
LIMPIAS
AGUAS?

YO LES VOY A
INTERRUMPIR
LA EGLOGA
A LOS ADORA-
BLES CEBOLLI-
TAS.

CHE VIEJO, TE
DOY PERMISO
PARA QUE TE
COMAS LA
MANZANA.

Para El Pampa, las tardes no
tenían siesta y las noches eran
días. Jamás salía del rancho an-
que el sol le rajara el lomo, ni
se le conocía más caballo que el
lomo; animal de poca alzada,
pero vasto; de encuentros am-
plios y planos como tablas; de
una "beca'e seda" y pronto, lle-
gado al caso, capaz de saltarse
de entre las piernas, aunque en
apariencia era más tranquilo que
una oveja.

"Escondedor" El Pampa, sabía
disimular su "oficio" de cuat-
rero, ayudado por su aspecto de
hombre "intil" en el campo.
Extremadamente gordo y peti-
so, el recadito que usaba desapa-
recía bajo sus naigas de mujer
voluminosas, teniendo por cos-
tumbre mirar eternamente al
suelo, aunque nada escapara de
sus ojos de picha estahan
puestos a la observación mali-
ciosa, proyectada a ras del ga-
llo, que usaba empujado sobre
un frente, cual si tratara de ocul-
tar sus picardías con él.

Ley en su modalidad era el
usar arreador "cabo'e tala"; el
lazo arrollado cortito sobre la
cabezada de un basto, desapa-
recía casi por completo bajo el
jeme de lana de un pellón "lin-
co", emán de un carnero que
parecía indicar prudencia, aso-
mando la constante amenaza de
su cabo y puntera de plata en
los extremos del recazo.

A pesar de todas sus precau-
ciones, El Pampa no había lo-
grado evitar que en el pago se
le sindicara como cuatrero, ad-
judicándosele cuanta fechoría se
cometía — cerdeadas, carnea-
das, robos — aunque fuese ajeno
a los hechos. No ignoraba la
triste fama de que gozaba —
merecida por cierto —; tam-
bién sabía que nada podrían
probarle, llegado el caso, dado su
habilidad para "desempeñarse",
puesta a prueba el más de una
ocasión.

Y una de las costumbres
arraigadas en El Pampa, era la
de extravíar animales para des-
pués cobrar el trabajo de cam-
pear.

Como el caso exigía no per-
der tiempo, D. Filemón acomodó
una bajera sobre su rosillo, y
saltándose limpiamente al
galope; echando al sesgo le sa-
lió a la cruzada.

Trecho antes de llegar, D. Fi-
lemón pegó un silbido que El
Pampa fingió no oír.

Ya sobre él, atravezándole el
caballo, ordenó imperativo y con
gesto agrio:

— ¡Güelváse inmediatamente
p'anda ha entrao!

El Pampa simuló infinita ex-
trañeza, abriendo desmesurada-
mente sus ojitos perdidos en la
gordura de su cara esférica, y
trocándose repetidamente el
sombrero, sin acertar a darle un
lugar en la cabeza, dijo achi-
cándose, con esa voz aflautada
que el tenía:

— Usté vien'enojao, D. Fi-
lemón...; calmese y vamoh'a
conversar... —

— ¡Que se güelva l'he di-
cho! — insistió en su orden el
dueño de casa, poniéndole el ca-
ballo de punta, resuelto a no
ceder un palmo de terreno.

— ¡Ta bien, amigo; ta bien —
obedió El Pampa, con un mien-
do bien fingido —, ya hablare-
mos cuando se le haya pasado la
luna... —

— ¡Qué luna, ni qué hablare-
mos!... ¡Pampa ladrón!... —
Mejor no lo hubiese dicho.
Súbitamente, el semblante de
El Pampa Nicasio se tornó du-
ro, los ojos le relampaguearon
de ira. Y sin que D. Filemón
pudiera evitarlo, le "refregó"
los encuentros de su lobo por
las paletas del rosillo, pegándo-
le un grito enérgico a la vez
que enarbolaba amenazante el
cabo del arreador:

— ¡Ladrón, dijo?... —

— ¡Lo que ha oído! — man-
tuvo su palabra D. Filemón, ca-

El baile improvisado en lo de
D. Filemón tocaba a su térmi-
no. Las caras demacadas de
las mujeres, por haber perdido
la noche, les daba un aspecto
de flores marchitas; bofetos
prolongados y conversaciones
desgranadas ponían un matiz de
sueño en todos los rostros; la
danza se hacía pesada y monó-
tona al compás de polkas y ma-
zurcas interminables, mal eje-
cutadas por un acordeonista ma-
lo y peor acompañado por el
guitarrero que parecía enredar-
se en las cuerdas flotas y des-
templadas, puesto el oído en el
clavijero como para no perder
el compás.

Al primer amago de de-
retirarse uno de los concurrentes,
el dueño de casa se apresuró a
hacer una advertencia en ge-
neral.

— Güeno, señores — dijo cua-
drándose en medio del cuarto,
confundido en el polvo que flo-
taba en el ambiente al terminar
una danza —, que naides se
vaya...; antes vamoh'a tomar
un chocolate, ¿no?... —

Apurados y chistes festejaron
la ocurrencia, reanimándose
la reunión con un gato "polkino".
D. Filemón fué a despertar a su
hijo, que desde horas antes dor-
mía en una petisa lunanca, con
las manos en los bolsillos y la
cabeza colgando como el mur-
ciélago.

— ¡A ver, amigo — dijo zama-
rreándolo —, dispírtese...; vá-
ya, atraque la lechera pal lao'e
las casas que vamoh'acer el cho-
colate...; váya... —

En esos momentos, el sol comen-
zó a mancharse sobre el cielo,
predecido un día que a los
tientos del verano "trabá" un
bochorno machazo.

Poco rato después, un acon-
tecimiento poco común sorpren-
dió a los bailarines.

Desde el chiquetero donde
acostumbraba a encerrarse el
ternero de la lechera, llegaron
mugidos angustiosos, y de la
vecindad, otros congéneres ven-
ían en desesperado galope,
atraídos por aquella alarma.

Pálido, jadeante de emoción,
el "guri" tropezó en la puerta
con su padre, que seguido por
las personas que allí se hallaban,
salió atraído por el suceso.

— ¡Que le pas'a ese animal?... —
interrogó D. Filemón.

— ¡Mire, tata...; mire... —
respondió su hijo y se adelantó
indicando.

Enardecida en la punta de un
palo de la tranquerita del chi-
quero, la cabeza decapitada del
becerro mostraba una burla ma-
cabra; la boca abierta en un
gesto de dolor, dejaba escapar
la lengua por un costado de los
belfos ensangrentados, y los
ojos abiertos tenían una expre-
sión de asombro; en el centro
del corralito, el triperio "de-
preciado" por el carreador, apa-
recía semicubierto por un en-
jambre de moscas verdes, bulli-
ciosas por el ambiente tibio de
la mañana, en su afán de echar
querrezas.

Rodeado por la contemplación
dolorosa de las mujeres y la in-
dignación de los hombres, la
lechera olfateaba los machabros
despojos de su hijo, mugiendo
inescapablemente su dolor de ma-
dre.

Hallando oportuno imponer a
sus sospechas la autoridad de
que estaba investido, el sargen-
to acusó resuelto:

— Esto es obra del Pampa
Nicasio... — dijo yendo a bus-
car el machete que pendía de
un clavo contra la pared del
rancho —, ¡yo le viá quitar la
costumbre carnar ajeno!...

Con palabra suave y gesto
resignado, D. Filemón aseguró:

— ¡Ta etivoco sargento...! El
Pampa es una güena persona...

VELOZMENTE zarcaba las calles, bajo azachuradas de árboles de sospechosa sombra. Entre estos y las paredes, un mundo oscuro de crispados misterios amenazaba la ruta. Los faroles del auto, fantásticamente abiertos, flechaban de luz la perspectiva, abriendo blancas brechas en la oscuridad.

Acababa de dejar un cliente en las lejanías de un suburbio y traía ahora la espalda traquilizada por la ausencia de los ojos que un momento antes se poseaban en ella.

Aquel pasajero era de aspecto sospechoso; y la hora tan avanzada.

Durante el viaje, más que a los accidentes del terreno, había dedicado la atención al espejo del parabrisas. Desgraciadamente, no tenía luz en el interior del coche y apenas distinguía una vaga forma, que allá en el fondo se revolvió en quietud.

Llevó, tanto como duró el trayecto, un cosquilleo de terror agazapado en la nuca y le parecía que de momento en momento, el espacio que separaba su espalda del pecho de enfrente, disminuía más y más. Su oreja izquierda le estaba dando rabia. Le asustaba repentinamente, pues creía sentir en ella como el calor húmedo de una respiración vecina, debía tranquilizarla con un amplio ademán de la mano en misión de espionaje por los espacios circundantes, para restregarla luego. Pero la posecilla tenía tal susto que en seguida le transmitía de nuevo la sensación primera.

Al fin iban llegando. Aminoró la marcha. Un nuevo sobresalto le ocasionó el pasajero; echándose encima le colocó un brazo cercano a la cara. Los dedos aprisionaban un billete de cinco pesos.

—¡Imbécil, podría haber esperado a bajar. Detuvo el vehículo para facilitar el descenso del pasajero; dió el vuelto y partió velozmente.

—¡Qué miedo tan infundado! Si era flaquito; bien vestido; hasta parecía educado.

Chantleó una esquina y prosiguió en línea recta otra vez. La distancia era siempre una nueva distancia: del automóvil al árbol; del árbol a aquella casa lejana; luego de la casa al farol.

La vanguardia de la perspectiva, segundo por segundo, iba retrocediendo a la retaguardia. Ahora esta calle arbolada. Maldito si hubiera tomado por ella de haberla visto alguna vez por la noche. ¡Qué oscura era! Calle de asfalto.

Alguien viene; aparece otro que requiera el auto. Con cuánta elegancia recibió el vuelto! Cincuenta de propina; ¡Ps! Un aristócrata.

La columna de un farol se le venía encima. Frenó girando el manubrio y el automóvil gruñó de nuevo en un fúscas arranque.

Aferrado al volante; arrullado por el murmullo ronco del motor; acariciado el rostro por vientos de distancia; lanzando la carejada audaz de la bocina cuando a su mano le ocurría presionar la perilla, se sentía fuerte y acompañado en medio de las hileras de árboles enfilados e inmóviles.

Cercana estaba ya la ciudad iluminada, con los altos palacios y los chatos almohaces, los grandes negocios, los focos brillantes y la gente de sonrisa gelatinosa.

Le faltaba poco para entrar en ella y otra vez el mundo le parecía suyo.

Sin embargo, a una cuadra más allá, en medio de la calzada, un hombre se había parado bajo un farol, con una mano en alto.

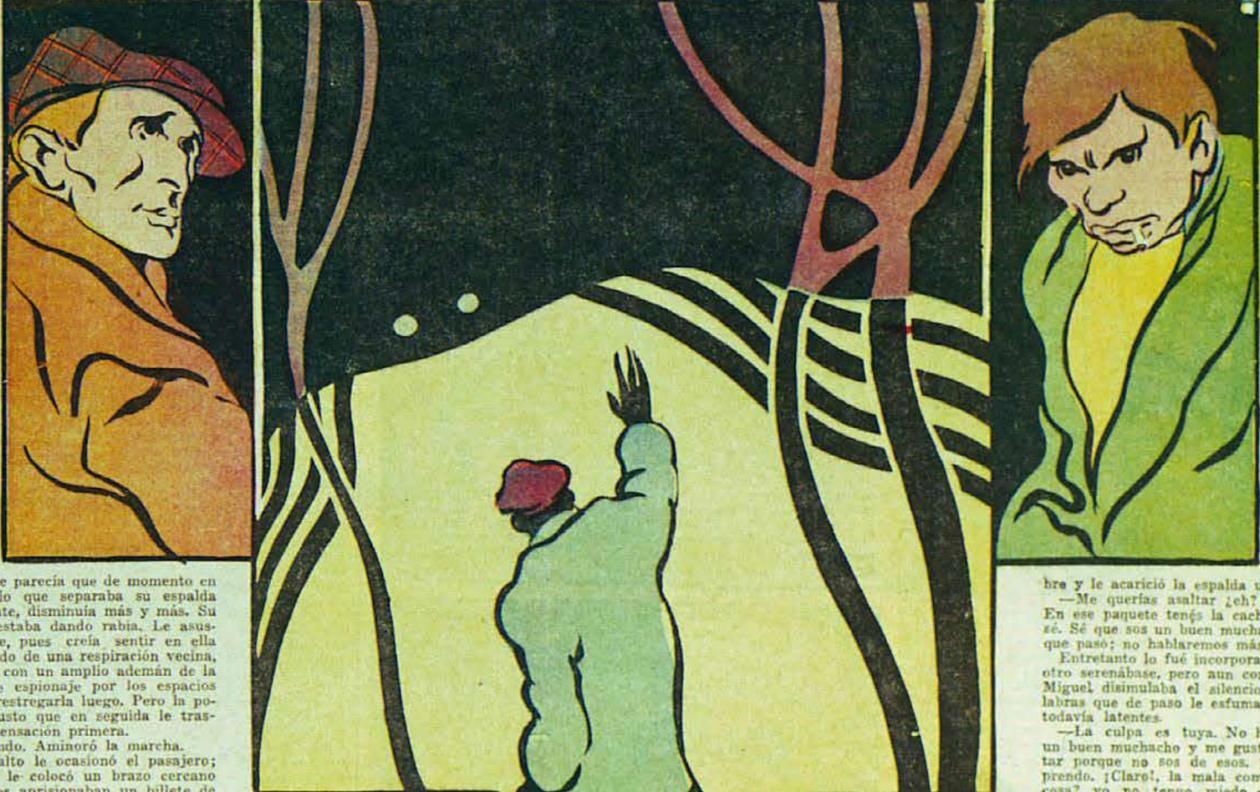
Quiere que me detenga... Pero sentía tal confianza en sí mismo a medida que se acercaba a la ciudad pacífica, que aun reflexionó.

—¡Tonto... pararse allí. Si quisiera podría arrollarle. Mas como el otro agitará el brazo con impaciencia, cambiando de opinión se detuvo.

Al enfrentarse para tratar la dirección, en el rostro se le planchó la expresión satisfecha de un momento antes y cierto espantoso presentimiento le horriguó en las articulaciones. El hombre tenía una cara inexplicablemente infantil, pero en la hondura de los ojos azules, una monstruosa determinación brillaba con intensa insistencia.

EL ASALTO

—Ya sabía que no eras buena pieza. ¡Si cuando yo sospecho de alguien! Bueno; ¡qué haces ahí! ¿Te vas a bajar?



En el espejo del parabrisas no se distinguía forma alguna; pasaban por un lugar oscuro como una caverna; trepidaba el motor enloqueciendo a la noche y allá lejos, como clavadas en el suelo, se distinguían las lucecillas titilantes de un poblado escaso. Sonó un golpe seco en el fondo del coche y subitamente, Miguel frenó la marcha y dobló la cerviz para acomodarse al bautismo del hálpata.

—¡Nada! El silencio más aterrador que la soledad misma, se prolongaba inconveniente. Sin cambiar la posición de la cabeza, acercó lentamente una mano a la llave inglesa extrayendo con la otra una linterna del bolsillo para volverse luego rápido con el arma en alto y el foco hacia la cara del pasajero.

—¡Bájese! Pero el otro, silencioso, continuó inmóvil. El paquete yacía en el fondo del coche. Desorientado el tono, erizado de miedo, Miguel insistía, blandiendo su llave en la que ya no pensaba.

—Ya sabía que no eras buena pieza. ¡Si cuando yo sospecho de alguien! Bueno; ¡qué haces ahí! ¿Te vas a bajar?

El pasajero le miraba reclamatione a los ojos con indefinible expresión. El brillo monstruoso de antes, era ahora apagado como una suplica.

De pronto, dobló el torso sobre las curvadas rodillas y se llevó ambas manos a cara, prorrumpiendo en un rugido desgarrador que erizó de espanto el trozo de noche alejado del mundo.

Miguel tenía sensible el corazón y aun que amedrentado, este raro caso le creaba una situación difícil de la que su torpeza no le ayudaba a salir, pero, con todo, comenzó a obrar.

Bajó a tierra, con un servando siempre la llave, para introducirse nuevamente en el compartimento de pasajeros. Se sentó junto al hombre y le acarició la espalda un momento.

—Me querías asaltar ¿eh? ¡Ah! yo lo sabía. En ese paquete tenés la cachiporra; también lo sé. Sé que sos un buen muchacho, no es nada lo que pasó; no hablaremos más de eso y listo.

Entretanto lo fué incorporando y el ánimo del otro serenabase, pero aun continuaba silencioso. Miguel disimulaba el silencio amontonando palabras que de paso le estufaban ciertos recelos todavía latentes.

—La culpa es tuya. No hay que llorar. Sos un buen muchacho y me gustás. No podés asaltar porque no sos de esos. ¡Hum!, si lo comprendo. ¡Claro!, la mala compañía. ¡Sabés una cosa? yo no tengo miedo a nadie; hoy quise atropellarte con el auto... En ese paquete hay una cachiporra, ¿no es cierto?

—¡No! No decís? Mirá, yo adivino a veces las cosas; me sucede en muchas ocasiones: Cuando mi primer chico, mi mujer decía que vendría en la primera quincena de julio; yo sabía que tenía que ser en la segunda y adiviné. ¿Se puede ver la cachiporra?

Mientras el otro vacilante, asentía con la cabeza, él se inclinó a recoger el envoltorio y después desahacerlo, descubrió un trozo de madera dura, con una bola de plomo asegurada a un extremo por medio de alambres.

La sopesó y luego de examinarla en diversos sentidos murmuró como para sí: —¡Si que es un arma!... ¡Qué porquería! ¿Son todas así?

—No sé; esta la hice yo. —¡Ah! las que usan los otros deben ser más perfectas, ¿eh? —Deben ser. —Mejor es tirarlas. ¿No? —Sí, tírelas. Extrayendo el brazo por la ventanilla, la arrojó lejos del camino.



ASIES...

- El perchero es un atad colectivo en el que descansan la cabeza de muchos "muertos"...
- Un hombre de capacidad es alto y grueso...
- Un hombre de gran imaginación es un ciego.
- Un hombre excesivamente dinámico es perseguido por la policía.
- Un hombre pacífico suele engañarnos; a veces resulta como el mar.
- Verdaderamente, Cristo no es más que un pobre Cristo. Cualquiera se cree con derecho a colgarlo de su balcón.
- Los ricos decoran sus cuadros con la imagen de Cristo. Nosotros, los pobres, adornamos nuestros corazones con la de John Dillinger.
- El monopolio comenzó con Robinson Crusoe.
- Un miopé, por más buena voluntad que tenga, no conseguirá ser sincero...
- Los hombres "sandwiches," viejos y sucios, parecen la reclame de un bar automática.
- La neurastenia es la válvula de escape del mal humor, provocado por el aburrimiento.
- No se puede ser gracioso, sin ser indiscreto.
- Los calvos se avergüenzan de su calvicie, con la tristeza del hombre abandonado por su mujer.
- Ser humano no es solamente ser hombre.
- Los despertadores: he aquí los Sancho Panza caseros.
- El hombre de imaginación, sueña. Y en estos sueños, como en el ferrocarril, también existe la primera clase y la otra.
- En los cabarets portados deberían presentar las adiciones con membretas de lujo.

FRANCISCO RUIZ



—No sé... Ará mismo, a la orilla del camino.

—Y no te gustaría ser mi amigo?

—¡Si quisiera.

—Entonces vendrás a mi casa y comeremos algo. No hay que decir que no, porque esto no es limosna. ¿eh? Te lo ofrece un amigo.

Entretanto tomó el trozo de pan que se hallaba a sus pies y arrojándolo por la ventana, le dijo:

—¡A buscar la cachiporra! y como para limpiarlas de algo muy sucio, se restregó las palmas de las manos. Pero Adolfo sobrecoigido murmuró:

—Cuando era chico me enseñaron a respetar el pan. Miguel no dijo nada, pero sonrió gallardamente.

Se sentaron ambos en el asiento delantero y emprendieron el regreso a la ciudad, viajando un largo trecho sin palabras.

A Miguel no le agradaba el silencio hermético de su acompañante.

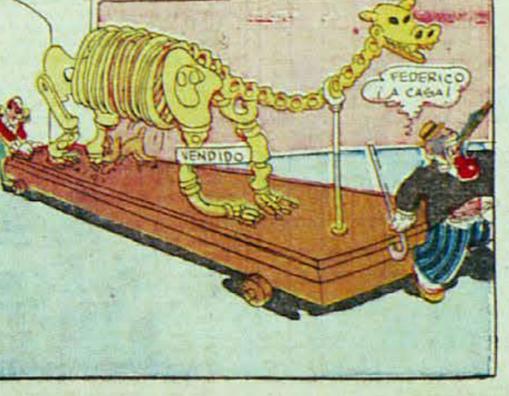
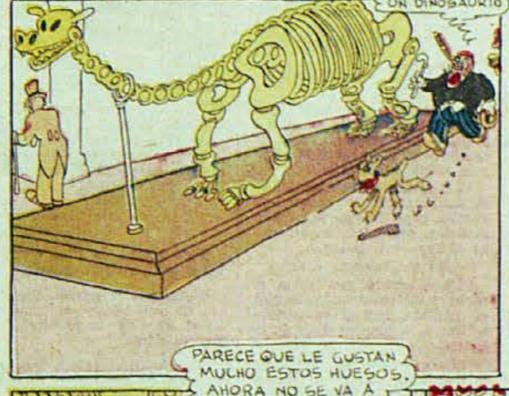
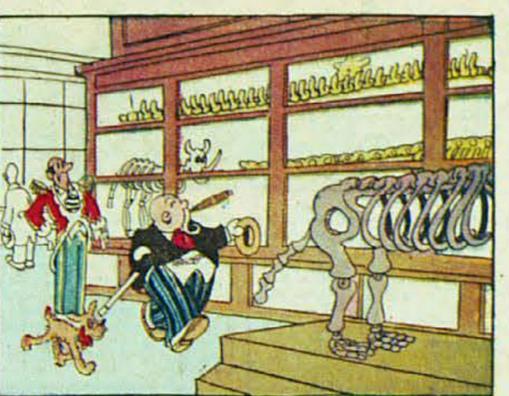
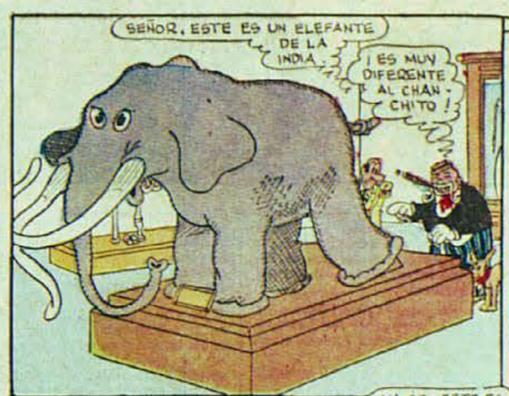
—No decís nada. ¿Por qué no hablás? ¿Estás pensando alguna cosa?

No obtuvo respuesta y le acometió de pronto una pequeña nerviosidad.

—Te estás acordando del tren? —No. —De qué entonces? —De nada.



El Nuevo Rico ★ por Héctor Rodríguez



—Has hecho bien en mirarme la rasadura del saco. Uno está de espaldas sin saber nada; confía en el pasajero y de repente ¡zas! te desmayan de un garrotazo. Pero todavía no me has dicho por qué me querías asaltar.

El otro, que con la explicación creyó que bastaría, sintió asombro y fastidio.

—Tenía hambre; no se encuentra trabajo en ninguna parte.

—¡Ah! ¿tenías hambre?... Y qué, ¿me guisarias?

El chiste no le hizo gracia al vecino, que torció la cabeza y miró por la ventana hacia afuera. Después, metiendo una mano en el bolsillo, extrajo un pedazo de pan.

—Me lo dieron ayer. Es difícil tragarlo. Yo nunca he podido comerlo.

Redaban ahora por una calle ancha y solitaria. Después de internarse en otra angosta y marcharon un tiempo emparejados entre dos altas filas de edificios que se estrechaban en la lejanía. Ya iban llegando al corazón luminoso de la ciudad.

De trecho en trecho, Miguel se daba cuenta de que su vecino, disimuladamente, le miraba a la cara, y esto le molestaba, pero seguía con los ojos fijos en la perspectiva.

Al llegar al garaje el automóvil se detuvo y descendieron, encaminándose luego a una de las casas de enfrente, para entrar en un amplio patio de conventillo. Antes de penetrar en una pieza, Miguel se adelantó diciendo:

—Espera; voy a colocar un biombo.

—Yo no miraré a tu mujer.

—No importa; voy a colocar el biombo igual. Y luego:

—Ya podés entrar.

En los estrechos de la habitación, el desorden de los muebles impedía moverse con libertad. Miguel andaba por entre sillas y mesas cuidadosamente, para no hacer ruido:

—María lava todo el día; no la debemos hacer levantar.

Acomodó al invitado junto a la mesa y comenzó a hilvanar proyectos mientras encendía el "Primus". Desahogado como cosa natural, sima un billete en un bolsillo, le aconsejó la conveniencia de irse a dormir a un hotel, invitándolo para el día siguiente. Sin embargo su intranquilidad se intensificaba, pues en los ojos de Adolfo había otra vez un brillo extraño y una fijeza insistente. Un escalofrío idéntico al que le acometiera en la calle, al enfrentarse por vez primera, le recorrió el cuerpo y su aplomo se desvaneció por completo. Al colocar un plato sobre la mesa, tanto para acudir el silencio, dijo:

—Te va a gustar esta comida.

Adolfo devoró el contenido y después de terminar con el segundo plato volvió a mirar a Miguel recorriendo en seguida la habitación con una rápida ojeada circular. Luego preguntó:

—En esa cuna hay un nene?

—¡Si! — titubeó Miguel.

—¿Lo puedo ver?

—¡Si! — repitió, mirando la cuna con recelo. Luego asombrado, lo vio acercarse y acariciar la mejilla tierna con torpe mano.

Al llanto agudo del chiquilin que despero sobresaltado, Adolfo turbándose, saltó; prosiguió y se marchó.

Miguel tomó el chico y se lo llevó a la madre, para que lo apaciguara con su seno. Pero ésta, extrañada por lo que había visto a través del biombo, murmuró:

—Qué tanto tu amigo; lo ha despertado.

—Si... ¡Qué tanto!

Y hubo de mirar hacia otro lado, porque una lágrima pretendió mezclar en el claror con la conversación.

DAVID REZQUIU

EL CASO DEL VIEJO «NANDUBAY»

PAISAJE inmenso como el mar. Lejanía, mucha lejanía. Y allá, en la lejanía, en el cóncavo confin, tierra y cielo se unen y se pierden como en un abrazo. Arriba, el medallón de oro encandilado y expande sus candentes flechazos de un mes de enero, sobre aquella pampa casi deshabitada. El cielo, de un azul límpido, permite ver la caravana de "haba del diablo" que en vapores celestes van a merced de una suave brisa por el espacio. Y más alto, por el cémit, apenas se distinguen algunos caranchos que planean lentamente en sus micrófonos, dando la impresión de aviones en maniobras. Abajo, la extensa alfombra de la flechilla, peinada por la brisa, e inclinada hacia la madre tierra como buscando amparo de la fuerte canícula y gambeteándole a las emmarañadas hilachas de esa baba de Mandinga, que a veces algún jinete tiene que ir apartando con el rebuque para que no se le ensoque como culebra en el pescuezo.

Tierra virgen, que no ha conocido la reja del arado colonizador, ni las pezuñas del ganado chúcaro, porque según dicen los moradores de la estancia que linda allí como a cinco leguas, este campo está en plético, entre parientes, desde hace largo tiempo, quizá desde aquellas épocas en que bastaba sólo la palabra de nuestros antepasados pobladores, y que más tarde astutos terratenientes en ciernes supieron aprovechar.

Por el otro lado, lo costea, alzaguiendo un arroyo que a veces apenas si conserva un hilo de agua que se pierde por debajo de los juncos, matigüera de anguilas, bagre-tapos y tarariras. Estas últimas suelen salir a la orilla durante la siesta, quedándose las horas inmoviles, tomando el sol.

Quizá por todas estas circunstancias, el viejo "Sandubay" levantó allí su rancho hace muchos años, sin que nadie lo molestara. Rancho todo agrietado y medio tumbado, y que el viejo "Sandubay" nunca trató de reparar, como si dijera:

—¿Po qué? ¡Si es una osamenta como yo!

Sin embargo, vivía feliz en él, como Diógenes en su tonel.

Todo lo que lo rodea en el rancho es viejo. Su caballo overo, que tanto ha corrido y servido a su dueño, se pasa las horas echado, como cansado de galopar en la vida. Flaco, con el bello colante y con la cola llena de "cola de zorro". Apenas si su dueño lo utiliza. Una que otra vez va al pueblo, comprando casi todo el día, porque el overo ya no le responden las tabas. Otras veces, tirando de una soga, acarrea leña y yuyos secos para el fogón. Tal es el caballo del viejo "Sandubay", que con unos aperos y un lazo que tiene arrollado en el interior del rancho, junto a una daga con mango de hueso y una S de bronce, que como un trofeo tiene colgado en la cabecera de su camastro, forma todo su patrimonio.

Lo acompaña también en su vida solitaria, el "Mataco", pebrero viejo y lleno de cicatrices, como elocuentes recuerdos de sus bravos entretornos perrunos; por los montes, con las fieras y por el llano con perros de su talla. Nunca le hicieron bajar la cola, ni ampararse por las patas del overo. Pero así así, ahogado, puede estar seguro su dueño, de que tiene un buen defensor.

Retrocédamos muchos años, casi una vida, y veamos quién es el viejo "Sandubay".

Pocos años hacía que el país se había normalizado, después de la derrota de Rosas por el general Urquiza, regresando del destierro, voluntarios unos, obligados otros, muchos ilustres poetas que se habían salvado de las garras de la mazorca, entrando el país por un camino de reparación económica y dando garantía de paz a aquellos pobladores de tierra adentro.

En tal época nació Nicanor Cabrera, en una antigua estancia a pocos kilómetros de Córdoba, donde sus padres eran puesteros. Allí creció y se hizo hombre. Su imaginación estaba llena de hechos narrados por los poetas, acerca de los indios y gauchos alzados contra la autoridad.

Su padre, antes de morir, le recomendó mucho no abandonarla nunca a su madre, puesto que no dejaba ni una majada de ovejas.

Pocos años más tarde, después de haber sufrido de un viejo reuma, falleció también ella, quedando Nicanor huérfano de todo parentesco.

Siguió trabajando en la estancia. A veces se quedaba las horas pensando que sería en el futuro su vida.

Un día, el viejo estanciero, que había regresado de Buenos Aires, donde lo llevaron asuntos de negocios, lo llamó aparte, diciéndole:

—Escuchá, Nicanor. Tengo un amigo que me ha pedido un hombre de confianza como resero, para acompañar al baquiano capataz que ya está medio vichoco. Yo he pensado en vos. La paga es buena. Si no te hacés vichoco, en poco tiempo podés hacer buenos ahorritos. ¿Te animás?

no te gusta esa vida, volví a mi campo, que siempre tendrás tu puesto — le advirtió el patrón.

—Se agradece de tuito corazón — contestó emocionado.

Días después se despedía de todos en la estancia, acompañado de un paisano que vino a buscarlo.

De este modo fué cómo Nicanor Cabrera pasó varios años aclimatado a la vida de resero, proporcionándole conocer muchos lugares que de otra manera no hubiera conocido nunca, vegetando en el campo en que nació.

Hubo un tiempo que tuvo que ir con mucha frecuencia a San Nicolás. Por la cercanía de aquel pueblo, había un rancho de una tal doña Tomasa, que tenía dos hijas. Era comadre de su capataz, quien solía llevarlo a matar y churrasquear. También era padrino de la hija menor, Jacinta, que era soltera; la otra, Mercedes, se había casado con un comisario de aquel pueblo, cuando aun vivía el padre de las muchachas.

Con el tiempo Nicanor se fué aguerenciando a aquel rancho, sin dejar de visitarlo cada vez que iba a San Nicolás de los Arroyos, que así se le llamaba entonces.

A veces, encontrándose a varias leguas de aquel lugar, esperaba la noche o alguna parada obligada de la hacienda, y se lanzaba de una sola galopada, hasta aquella querencia, regresando a su estancia o saliendo al encuentro a la hacienda en viaje; pues se había hecho tan baquiano de los campos y caminos reales, que podía dibujarlos y explicarlos con la punta de su cuchillo en la tierra, como si fuera un mapa.

Demás es a decir que Nicanor estaba prendado de los encantos de Jacinta y que ésta desde el primer momento, demostró también lo mismo, a pesar de tener algunos años menos.

Jacinta era una gallarda moza, más bien alta que baja. Su color trigueño, con sus facciones bien perfiladas, daba mayor realce a sus ojos negros y sombreados por sus tupidas cejas. Su tez era negra, brillante y larga, culebraba sobre su espalda, y moría en su cintura, rematada con un moñito celeste. Sus erectos y formados senos, parecían querer romper el delgado percal de su bata ajustada, cada vez que reía y mostraba entre sus labios carnosos sus dientes parejos y blancos. Había heredado casi todos los rasgos de su padre, nacido en esta tierra, pero que era hijo de un antiguo poblador español. En cambio, Mercedes se parecía más a la madre, que descendía de más estirpe indígena.

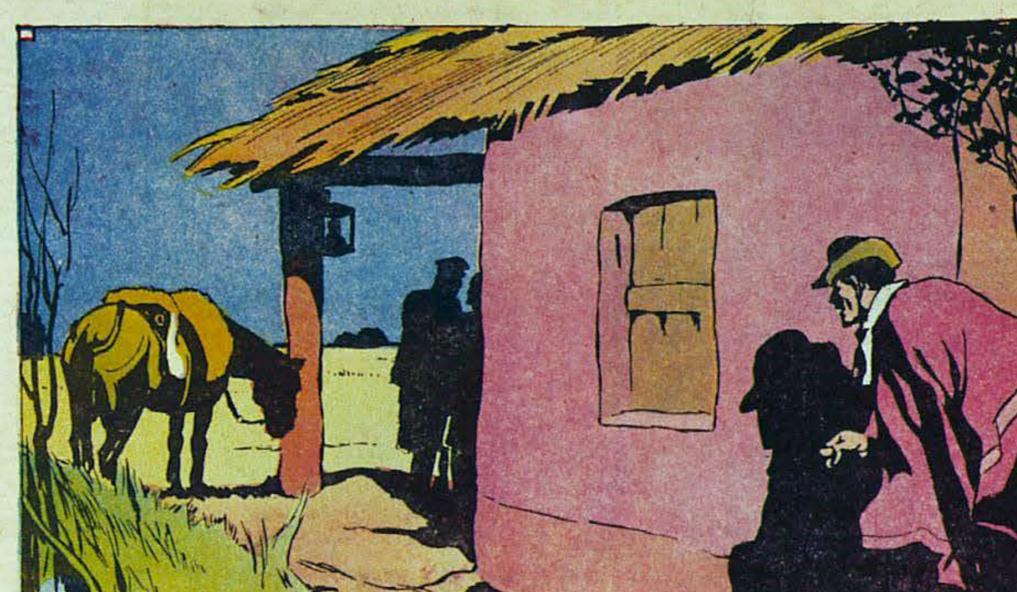
Todas esas cualidades de Jacinta lo tenían a Nicanor como "engualichao". En todas partes veía su imagen. A veces, iba como hipnotizado en su caballo y "chiflándole" maquinalmente a los novillos. De pronto, mirando el ondulante oleaje que formaba el lomo y las astas de las bestias, le parecía ver surgir la figura de su amada. Otras veces, la aparición se producía sobre las margaritas de los campos floridos.

Esta constante obsesión era lo que no le permitía ver el lado malo de Jacinta; porque lo tenía. Era demasiado coqueta y quería agrandar a todo aquel que la trataba.

Esto había tenido oportunidad de notarlo Nicanor muchas veces que se encontró con alguien de visita en el rancho. Pero él en su ceguera de enamorado, no lo reparaba.

Muchas noches, bajo el alero, juraron promesas y unieron sus labios.

Tiempo después se casaron, como se casan, como se casan.



festajándolo con un baile realizado en casa de su cuñada. Como Nicanor resolvió seguir por un tiempo más en su puesto de resero para reunir unos reales, llevó a Jacinta al rancho de la madre, hasta tanto él pudiera radicarse y comprar algunos animales para vivir, o de lo contrario volver a la vieja estancia donde pasó su niñez.

Un día que Nicanor regresaba, contento por ver su china, se le ocurrió entrar en una pulpería como a media legua de su rancho, con intención de comprar tabaco y tomar algo, pues tenía sed y había hecho el viaje de un tirón. Se dispuso a salir, después de haber tomado una sangría, cuando se le acercó un paisano que había estado mirando jugar al truco a otros, en un rincón del negocio, diciéndole en voz baja:

—Desculpe, apareero. ¿Usted no es Nicanor Cabrera, el resero?

—El mismo; pa servir...

—Este... ¿sabe? Yo quisiera hablarlo ajera, porque es asunto serio, ¿sabe? — dijo el paisano confidencialmente, y como llevándose para el lado del palenque de la pulpería.

—¿Usted dirá de qué se trata, — díjole Nicanor, una vez afuera, recostándose en un paraíso donde había atado su caballo.

Los jugadores que estaban adentro seguían entusiasmados, con el naipes y de vez en cuando se oía un "¡flor!", "¡contraflor al resto!", o un "¡enviado!", dicho con algún chiste o verdad alusiva al juego en mano.

El paisano, cuando se aseguró que no podían oírlo, prosiguió:

—Resulta, ¿sabe?, que su prenda, o mejor dicho, su mujer, le está jugando sucio con... Nicanor no lo dejó terminar, y agarrándolo del pañuelo que tenía al cuello, lo sacudió, creyendo que aquel hombre podría estar ebrio, o calumnianándolo a su china, pero convencido que estaba en su juicio, lo largó, interrogando:

—¿Con quién? ¡Hable!...

—Con el sargento Ciriacó Gauna.

—¿A malaya! ¡Hembra había ser! — refunfuñó con rabia.

Si bien en el primer momento no se dio cuenta quién era el sargento nombrado porque el sargento no había sentido por su apelativo, pronto cayó en la cuenta que no podía ser otro que el de la comisaría de su conchudo. Recordó que muchas veces

CRUCES DE PALABRAS

por Cruz Diablo

VERTICALES

I — Cara de cartón — Autor del Ramayana.

II — Vista de... — 2 Cien — 3 En Ovidio.

III — En seguida — Aflojale que colea — 3 Río chino-uruguayo.

IV — 1 A veces o — 2 Fantasma del nene — 3 Tercera letra dominical — 4 Vasija desorejada — 5 En el facón de Martín Fierro.

V — Filete del escudo — 2 En victorias y gallos — 3 Si no se reúne con Puratmatna transmigra largamente.

VI — 1 Composición musical (el plural: perito en Expositividad) — 3 Lechería del recental.

VII — 1 Fluido — 2 Polainas — 3 Dios casero.

VIII — 1 Tongo — 2 Relativo al edén.

IX — 1 En cortinas y mosquiteros — 2 Cabos atados al penol de la verza — 3 ... como quien oye llover.

X — 1 Género de plantas — 2 Afluente del Pó — 3 Río y cabo filipino.

XI — 1 Habiendo escalera el propietario no se responsabiliza por los accidentes que ocasiona — 2 Escuchaba — 3 En Coruña y Pontevedra.

XII — 1 Vocal — 2 Los mejores ratos — 3 Oxígeno — 4 Cien metros cuadrados — 5 Plano.

XIII — 1 Cualquier día — 2

HORIZONTALES

I — 1 En Chile "Soprana macrocarpa" — 2 Piedra y astero.

II — 1 Río en Río.

III — 1 Planta, papamosas y Santa Eulalia de... — 3 Respuesta de la pitonisa — 3 Holo!

IV — 1 Preposición — 2 Toponímico — 3 999.

V — 1 Cálculo supersticioso — 2 Mil — 3 Espíritu japonés.

VI — 1 Papagayo — 2 Detrás — 3 Soberano.

VII — 1 Lo es un papel de mil — 2 Metal y pez — 3 Nombre propio de varón.

VIII — 1 As — 2 Radio — 3 Fruto seco del castaño — 4 Yodo — 5 Signo de la proposición universal afirmativa.

IX — 1 En las visceras de Sócrates — 2 Neoplasiag engendrada por elementos, neuróglícos.

X — 1 Cincos — 2 Cincuenta — 3 Minga de médula — 4 Partitula negativa — 5 Preposición.

XI — 1 Trabajo forzado — 2 Movimiento ondulatorio — 3 Becerro del año de nacer.

XII — 1 Pagaré — 2 Poker de ases — 3 Trepador del Corcovado.

XIII — 1 Ex embajador de la madre patria — 2 Norte — 3 Estirar cabos y velas.

XIV — 1 Jesús Rey — Oscuridad visual — 3 N.L.A.

XV — 1 Sueca — 2 Género botánico — 3 Al Norte de Marruecos.

XVI — 1 Hermana y mujer de Osiris — Constructor de arpas y pianos; inventó el escape doble — 3... boieto y abono.

Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en las listas), el orden de las palabras en cada columna. (La solución en el próximo número)

entonces éste, entre un trayecto del sable, se fué a fondo y le hundió la daga en el pecho, cayendo el cuerpo del sargento pesadamente.

Así terminó aquel duelo. La luna estaba luminosa y redonda. Ella alumbraba el camino solitario a aquel jinete apesadumbrado que iba rumbo al Sur.

Después de la muerte del sargento Ciriacó Gauna, no se supo nunca más el paradero de Nicanor, a pesar de haber despachado órdenes el comisario por todas partes en que creía podía andar rumbando. Pero sus presunciones fueron vanas, pues Nicanor aquella noche rumbó hacia Santa Fe, desde donde pasándose a las islas del Paraná. Poco tiempo después se encontraba internado en Entre Ríos, donde junto con otros montieleros, se pasó varios años entregado a la caza de carpinteros y nutrias, que en aquellos tiempos abundaban.

Como había transcurrido mucho tiempo de aquella noche en que se "disgració", le pareció oportuno alistarse en las filas del ejército, para así echar su pasado en el olvido, aprovechando la triple alianza de 1865. A más, ya estaba cansado de esa vida solitaria, que si bien era tranquila, por otra parte lo tenía aislado de todo contacto con la vida del poblado.

En cambio, allá, en el rancho de doña Tomasa, habían ocurrido novedades. Tenía un nieto de ella, Tomasa, que, al pensar de ella, era toda la pinta de Nicanor.

Este, aunque se lo hubieran dicho al mismo padre, no lo hubiera creído por cuanto él creyó siempre que aquellos amores con el milico venían de mucho tiempo. Tal vez por eso nunca pensó Nicanor que pudiera Jacinta haberle dado un hijo. Ni quiso averiguar nada que se relacionara con aquella china que lo engañó tan miserablemente.

El "guri" se fué estirando. La madre le dio el nombre de Jacinto, dejándole sólo el apelativo del padre, que constaba en el juzgado y la parroquia de aquel pueblo.

Ya mozo, "hecho y derecho", murió la abuela, quedándose en aquel rancho heredado, con la madre.

Muchas veces trató de escarbar el pasado, acerca de su pariente.

—¿Cómo le habrá pasado el viejo anoche?

—La verdad que el rancho está como mirame y no me toques — respondió el compañero.

—¿Qué te parece si nos arriamos? Pueda que necesite algo del poblo.

—Y vamos, pues.

Estaban cerca ya, cuando sintieron, a intervalos, un ladrillo lastimero.

Los dos paisanos se miraron como interrogándose el mismo pensamiento. Es sabido entre aquella gente, que cuando un perro ladra así, es porque la casa está sola, o es presagio de alguna desgracia.

—¿Y eso, ché? — atinó a decir uno.

—¿Dónde estará el viejo? — contestó el otro, como desentendiéndose de otra idea, mientras se apartaban de la huella, enderezando hacia el rancho.

El overo pastaba cerca del arroyo, lo que hizo suponer que su dueño no debía andar lejos.

Al llegar a la puerta del rancho, que estaba abierta, el perro, al sentirse llamar por su nombre, movió la cola y los reconoció como amigos de su amo. Se aparearon. Al escuchar el interior del rancho, divisaron al viejo "Sandubay", que estaba yerto en su camastro, con una nube de moscas en la cara. En el poncho gastado que cubría su medio cuerpo, había marcas barrosas de las patas del perro, como si hubiera intentado despertarlo de aquel sueño eterno.

—¡Muerto! — exclamó el que se había acercado, al tocarle la mano helada.

—¿Di qué habrá sido? — interrogó el otro, asombrado.

—¡Di la poillita! — dijo el tiempo, pues. Tenía años el prober! No en balde le llamaban "Sandubay" — contestó.

—¿Y áura qué hacemos?

—Seguimos pa el poblo y le avisamos al comisario.

Le taparon la cara con el poncho hilachento que tenía. Luego cerraron la puerta del rancho con unos alambres, dejando el perro afuera.

Cuando emprendieron camino al pueblo, comentando el triste encuentro, alejándose del "Mataco", los paisanos dieron vuelta la cabeza hacia el rancho, diciendo uno:

—A lo menos, el dijuto tiene perro que lo mire.

Una época, en que hacía vida errante, decidió levantar su rancho en el campo que describimos al empezar el relato. Allí vivió varios años, hasta que una noche...

Aquel día, como a media tarde, el cielo se había ido oscureciendo de a poco. Grandes nubarrones se extendían por el lado del Sur, desde donde se veían avanzar las aves huyendo de la tormenta que se acercaba. Un viento pampero empezó a sacudir los pastos y los juncos del arroyo. En el camino, los remolinos de tierra se deslizaron largo trecho por la huella hasta subir en forma de tirabuzón, y perderse por el espacio. El rancho crujió. Desde adentro, se sentía el bramado del pampero, que a veces silbaba al pasar por las hendijas. El overo se había reparado contra la pared del rancho, como si quisiera sostenerlo para que no se tumbara del todo. El "Mataco", asentado en sus patas, contemplaba con sus ojitos cansados, al viejo "Sandubay", que tirado en su camastro se quejaba, enfermo, desde la noche anterior.

Llegó la noche y la tormenta arreció más fuerte, chachetando con la lluvia al rancho durante toda la noche.

Como en el mar: como en las almas después de la tempestad, bonanza. A eso de la madrugada había cesado la lluvia y el viento despejó de nubes el cielo.

En los pastos tan mojados, brillaban gotas de agua cuando aparecieron los primeros rayos del sol. El arroyo se había ensanchado y corría impetuosamente sus aguas turbias por los desagües de la lluvia.

A mediodía, el tiempo estaba resplandeciente y las aves revoloteaban bajo; unas buscando lugares secos; otras, rastreando alguna víctima de la tormenta pasada.

Dos paisanos de la estancia vecina que se dirigían al pueblo, cuando distinguieron el rancho de "Sandubay", dijeron estas cosas:

—¿Cómo le habrá pasado el viejo anoche?

—La verdad que el rancho está como mirame y no me toques — respondió el compañero.

—¿Qué te parece si nos arriamos? Pueda que necesite algo del poblo.

—Y vamos, pues.

Estaban cerca ya, cuando sintieron, a intervalos, un ladrillo lastimero.

Los dos paisanos se miraron como interrogándose el mismo pensamiento. Es sabido entre aquella gente, que cuando un perro ladra así, es porque la casa está sola, o es presagio de alguna desgracia.

—¿Y eso, ché? — atinó a decir uno.

—¿Dónde estará el viejo? — contestó el otro, como desentendiéndose de otra idea, mientras se apartaban de la huella, enderezando hacia el rancho.

El overo pastaba cerca del arroyo, lo que hizo suponer que su dueño no debía andar lejos.

Al llegar a la puerta del rancho, que estaba abierta, el perro, al sentirse llamar por su nombre, movió la cola y los reconoció como amigos de su amo. Se aparearon. Al escuchar el interior del rancho, divisaron al viejo "Sandubay", que estaba yerto en su camastro, con una nube de moscas en la cara. En el poncho gastado que cubría su medio cuerpo, había marcas barrosas de las patas del perro, como si hubiera intentado despertarlo de aquel sueño eterno.

—¡Muerto! — exclamó el que se había acercado, al tocarle la mano helada.

—¿Di qué habrá sido? — interrogó el otro, asombrado.

—¡Di la poillita! — dijo el tiempo, pues. Tenía años el prober! No en balde le llamaban "Sandubay" — contestó.

—¿Y áura qué hacemos?

—Seguimos pa el poblo y le avisamos al comisario.

Le taparon la cara con el poncho hilachento que tenía. Luego cerraron la puerta del rancho con unos alambres, dejando el perro afuera.

Cuando emprendieron camino al pueblo, comentando el triste encuentro, alejándose del "Mataco", los paisanos dieron vuelta la cabeza hacia el rancho, diciendo uno:

—A lo menos, el dijuto tiene perro que lo mire.

—Y amigo más fiel que el cristiano — agregó el otro.

Y mientras se fueron perdiendo sus figuras por el camino de aquellos campos despojalados, el "Mataco", con la cabeza erguida hacia el cielo, seguía llorando con su gurgureo: ¡g u a u u u ! ¡g u a u u u u !

Un Viaje a lo Etéreo

HACIA varios días que experimentaba un gran cansancio, hasta que resolví guardar cama. Mi esposo llamó al médico, y éste, después de examinarme, se mostró de tanto perplejo, absteniéndose de diagnosticar. Dijo que aguardaría a que el proceso de mi enfermedad presentara los síntomas característicos de alguna de las dolencias ya observadas y catalogadas por la ciencia.

Después del cuarto día las cosas continuaban como en el primero. Mi enfermedad se desarrollaba aparentemente en forma benigna y nada inducía a pensar que pudiera existir algún peligro inmediato para mi vida. Sin embargo, yo sentía que las fuerzas me abandonaban poco a poco. Mis ojos ya no distinguían claramente los objetos y me costaba gran esfuerzo responder a las preguntas del médico, que parecía cada vez más desorientado. No obstante, conservaba mi inteligencia normal y hasta me comunicaba planes de negocios que pensaba llevar a la práctica, tan pronto como me lo permitiera mi salud. Hacia el sexto día,

obediendo a las instancias del médico, que pedía detalles precisos acerca de mis sensaciones, le dije con desesperación y bastante trabajo:

—Doctor, nada me duele, nada me molesta; pero siento que la vida se me escapa. Me encuentro impotente para mover mis miembros, y como usted ha de notar, casi no puedo hablar.

El médico reflexionó un instante y luego dijo:

—Es el suyo un caso extraño o raro. No puedo comprender qué extraño mal lo aqueja.

Agregó que se marchaba y que volvería acompañado de un famoso colega, con quien deseaba consultar.

Me quedé solo en la habitación. Mi mujer se ocupaba en los quehaceres del hogar y los niños dormían en el aposento contiguo. De pronto sentí un estremecimiento, como si hubiera recibido una descarga eléctrica y comencé a respirar copiosamente. Un frío intenso se apoderó de mis huesos y un jadear incontrolable me arrastraba hacia afuera, como si fueran fuerzas poderosas que me empujaban.

Me quedé en el vacío. Primero no logré comprender qué me ocurría; me encontraba atascado, semiinconsciente. Poco a poco fui recordando todos mis sentidos, hasta que volví a la lucidez. Y ¡oh asombro! ¡Allí, sobre mi pecho, contemplé atónito a mi propio cuerpo, rígido como una estatua. Los ojos, desmesuradamente abiertos, miraban con fijeza hacia el techo, y la boca, entreabierta, fluía una mucosa que tanto podía ser de risa como de llanto.

—¿Soy muerto? — me dije. — ¿Estoy muerto? ¿Ese es mi cadáver? ¿Seré tal vez víctima de una horrible pesadilla? ¡Porque no puedo estar muerto! ¡Si pienso, veo y oigo! ¡No, no puedo estar muerto! ¡Dios santo! ¿Qué ha pasado entonces?

En ese momento vi que la puerta de la habitación se abrió y entró mi mujer con una taza de caldo en una mano. Llegó hasta el lecho y me llamó por mi nombre. Yo me coloqué a su lado y le respondí, pero ella continuó llamándome sin que pareciera oír mi voz. Luego, al ver que no obtenía respuesta, pasó suavemente su mano libre

sobre mi rostro. En seguida lanzó un grito de angustia y temor:

—¡Ha muerto, ha muerto, mi Claudio!

Yo la abracé y exclamé a su oído:

—¡No, Marta, no estoy muerto! ¿Cómo he de estarlo? ¿No oyes mi voz? ¿No sientes mi abrazo?

Pero ella ni sintió ni oyó y arrojándose ante mi cadáver, se desvaneció.

POR

MANUEL ALCOBRE

ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS

con el rostro entre las manos, rompí a llorar con desconsuelo. Volví a insistir, en el paroxismo de mi desesperación:

—¡Pero Marta, no seas insensata! ¿No comprendes que todo esto debe ser una broma diabólica?

Mis esfuerzos fueron inútiles. Yo no era más que un cuerpo invisible e impalpable; un alma sin trabas físicas, con todas las facultades sensitivas e intelectuales; pero sin don de comunicación con las demás almas prisioneras en la materia humana. Con indescriptible pesadumbre, al comprender la inutilidad de

ventura. Ellas también me vieron y al pasar por mi lado me saludaban. Yo finité su actitud cortés, saludando a cuantas veía, que eran incontables, y seguí absorto.

Había olvidado mi dolor de poco antes. Más aun, me sentía feliz de encontrarme en aquella inmensidad, tan libre como una ráfaga, dueño de volar a mi capricho hacia cualquier punto.

A mis pies la Tierra semejaba un gigantesco globo suspendido en el espacio, y frente a mí la luna presentaba nitidamente sus abismos, sus montañas y sus mares inmóviles.

Comprendí que me encontraba a muy corta distancia de nuestro satélite, y había llegado hasta él, de no haber despertado mi curiosidad la aglomeración de infinitos puntos luminosos que no aminoraban la claridad de la noche. Rápidamente fui perdiendo de vista la Tierra y la luna, al mismo tiempo que veía aumentar el volumen de las estrellas y ampliarse la distancia entre unas y otras. Así aparecieron ante mis ojos numerosos planetas y astros que ofrecían idéntico aspecto al que presenta nuestro sistema. Quisiera si me hubiera decidido a posarme en alguno de aquellos mundos, habría visto cosas estupendas, inimaginables; pero no se me ocurrió, por lo cual nunca me lamentaré bastante.

Ignoro qué tiempo llevaría en mi flamante condición de incorpóreo, cuando de pronto se me presentó en el vacío. En vano luché para detener la caída. Una atracción irresistible me arrastraba hacia abajo, como si fueran fuerzas poderosas que me empujaban.

Días después me encontré en la habitación. Al lado de la cama estaban mi esposa y el médico. Ambos reaccionaron al verme como si acabara de arribar de un largo viaje. El médico me palmó la frente con alegría y dijo:

—¡Amigo mío, usted ha resucitado! Así como le digo: ¡Ha resucitado! Su muerte fue comprobada por el eminente profesor Lennour, a quien traje aquí para que me diera su opinión acerca del extraño curso de su enfermedad.

Minutos más tarde llegó mi médico acompañado del colega a quien deseaba consultar. Entre ambos levantaron a mi esposa y la sentaron alejada de mi cuerpo. Luego el médico de consulta aplicó su oído sobre el lado izquierdo de mi cadáver. Segundos después se incorporó y dijo:

—Hemos llegado tarde: este hombre falleció hace unos veintidós minutos.

Yo me indigné al oír eso y sin poderme contener corrí hacia él y lo increpé:

—¡Imbecil, ignorante! ¿Qué está usted diciendo? ¡También usted se deja engañar por esta horrible farsa! ¿Qué ciencia idiota es la suya?

Pero el médico permaneció inmutable. Recogió su sombrero con toda tranquilidad y después de dirigirme a mi esposa algunas

palabras de consuelo, saludó a su colega y salió de la habitación. Yo quedé anonadado. No cabe duda —pensé— que soy víctima de un horrible sortilegio. Por momentos creía que iba a perder la razón, tal era la angustia que me torturaba. Y llegó un instante en que ya no pude continuar en presencia de aquella escena funeraria que me tenía por protagonista. Entonces huí y me remonté raudamente por el espacio.

En las alturas vi numerosas sombras difusas, con figura humana, que parecían errar a la vez y al pasar por mi lado me saludaban. Yo finité su actitud cortés, saludando a cuantas veía, que eran incontables, y seguí absorto.



Aquí hay un dibujo del Mago — más — viejo, sentado en su trono, envuelto en su nube mágica, con las tres flores mágicas, hablando con el Hombre y su hija nena. Sobre la colina están todos — los animales — que — había. Pueden ver a todo — el — tigre — que — había — cuando — todos — los — huesos — que — había. Otros animales hay dentro de la colina, así que no los dibujé. La cosa que parece de ladrillo en que está el Hombre es el gran Laboratorio, donde tendrá que meterse después. La colina en la cima de la colina es toda — la — casa — que — había. La marca en la piedra donde el Hombre posa el pie es una marca mágica. Todo este dibujo es gran medicina y fuerte magia.

M

IGUO antes de los Tiempos hondos y antiquísimos hubo el Tiempo del Principio mismo; y eso fue en los días cuando el Mago-más-viejo preparaba las cosas. Primero preparó la tierra; luego preparó el Mar; y después dijo a todos los Animales que ya podían salir a jugar. Y los Animales dijeron: "Oh, Mago-más-viejo, ¿a qué jugaremos?" y él dijo: "Os mostraré". Tomó el Elefante — todo-el-elefante-que-había — y dijo: "Juega a ser un elefante", y todo-el-elefante-que-había jugó. Tomó al Castor — todo-el-castor-que-había — y dijo: "Juega a ser un castor", y todo-el-castor-que-había jugó. Tomó a la Vaca — toda-la-vaca-que-había — y dijo: "Juega a ser una vaca", y toda-la-vaca-que-había jugó. Tomó a la Tortuga — toda-la-tortuga-que-había — y dijo: "Juega a ser una tortuga", y toda-la-tortuga-que-había jugó. Uno por uno tomó a todas las bestias y pájaros y peces y les dijo a qué jugar.

Pero hacia el anochecer, cuando gentes y cosas se sienten cansadas e inquietas, vino el Hombre (con su propia querida y su hija nena sentada en su hombro, y dijo: "¿Qué es este juego, Mago-más-viejo?" Y el Mago-más-viejo dijo: "Oh, hijo de Adán, este es el juego del Principio mismo; pero tú eres demasiado sabio para este juego". Y el Hombre saludó y dijo: "Sí, soy demasiado sabio para este juego; pero trata tú de hacer que todos los Animales me obedezcan".

Entonces, mientras conversaban, Pau Anna el Cangrejo, a quien tocaba jugar, se fue corriendo de un lado y se metió en el mar, diciéndose: "Jugaré a mi juego solo, en las aguas hondas, y nunca obedeceré a este hijo de Adán".

Nadie vio cuando se iba, excepto la hija nena. Y el juego siguió hasta que no quedaron más Animales sin recibir órdenes. Y el Mago-más-viejo se limpió de polvo fino sus manos, y pasó por el mundo para ver cómo jugaban los Animales.

Fue hacia el Norte, mi querido, y halló todo-el-elefante-que-había, cavando con sus colmillos y pisoteando la hiedra y limpia tierra nueva preparada para él. "¿Kun?", dijo todo-el-elefante-que-había, queriendo decir: está muy bien; y soplo sobre las grandes rocas y montones de tierra que todo-el-elefante-que-había levantaba del suelo y se convirtieron en los grandes montes Himalaya; los puedes encontrar en el mapa.

Fue hacia el Este, y halló a toda-la-vaca-que-había pastando en el campo preparado para ella; y ella llamó una Selva entera en rededor, de una vez, la arrancó y se la tragó, y se echó a rumiarla. "¿Kun?", preguntó toda-la-vaca-que-había. "Paya Kun", dijo el Mago-más-viejo; y soplo sobre el suelo desnudo donde ella había pastado ya, y sobre el lugar donde se había echado, y el primero se convirtió en el gran Desierto hindú, y el segundo en el desierto del Sahara; los puedes encontrar en el mapa.

Fue hacia el Oeste, y halló a todo-el-castor-que-había haciendo un dique a través de las bocas de anchos ríos preparados para él. "¿Kun?", preguntó todo-el-castor-que-había. "Paya Kun", dijo el Mago-más-viejo; y soplo sobre los árboles derribados y el agua quieta, y se convirtieron en los pantanos Everglades de Florida; los puedes encontrar en el mapa.

Luego fue hacia el Sur, y halló a toda-la-tortuga-que-había escurbando con sus chapas patas en la arena preparada para ella con tanta fuerza que arena y terrones y rocas saltaban al aire y caían lejos al mar.

"¿Kun?", preguntó toda-la-tortuga-que-había. "¿Kun?", dijo el Mago-más-viejo; y soplo sobre la arena y terrones y rocas arrancadas por ella, y se convirtieron en las bellas islas Borneo, Celebes, Sumatra, Java, y el resto del Archipiélago Malayo; los puedes encontrar en el mapa.

Algún tiempo después el Mago-más-viejo halló al Hombre a orillas del río Perak en la Península Malaya, y dijo: "Oh, hijo de Adán, ¿te obedecen todos los Animales, y la Tierra, y el Mar?" "Sí, menos el Mar", dijo el Hombre. Una vez de día y una vez de noche, el Mar sube por el río Perak y empuja el agua dulce que inunda la selva, así que se moja mi casa; y una vez de día y una vez de noche corre río abajo y arrastra toda el agua dulce, así que no queda sino barro en el río, y se vultica mi canoa. ¿Es ese el juego que me dijiste al Mar que jugará?" "No", dijo el Mago-más-viejo. "Ese es un juego nuevo y malo".

"¿Mira!", dijo el Hombre, mientras el gran Mar se entró por la boca del río Perak, empujando al río hasta inundar todas las obscuras selvas por millas, y millas, y millas, y también la casa del Hombre.

"Esto está mal. Bota tu canoa y veremos quién es que juega con el Mar", dijo el Mago-más-viejo. Entraron en la canoa, la hija nena con ellos; el hombre tomó su Kris — daga de filos ondulantes como una llama — y bogaron afuera por el río Perak. Entonces el Mar empezó a retroceder más y más, y chupó a la canoa y la arrastró fuera de la boca del Perak, y más allá de Selangot, más allá de Malaca, más allá de Singapur, más allá de Singapur, hasta la isla Bitang, como si la jalaran con sogas.

Entonces el Mago-más-viejo se puso de pie y gritó: "¡Oh! Bestias, pájaros, y peces, que tomo en mis manos, en el principio mismo, y que enseñé a jugar el juego debido, quién de vosotros juega con el Mar?"

Entonces, todas las bestias, pájaros y peces dijeron juntos: "Mago-más-viejo, jugamos los juegos que nos enseñaste, nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos. Pero nadie de nosotros juega con el Mar". Entonces la Luna se alzó gorda y llena sobre el agua, y el Mago-más-viejo dijo al viejo jorobado que estaba sentado en la Luna, ovillando una línea de pescar con la que espera algún día pescar al mundo: "¡Oh! Pescador en la Luna, ¿estás jugando con el Mar?" "No", dijo el pescador, "estoy ovillando una línea de pescar con la que algún día pescaré al mundo; pero no estoy jugando con el Mar".

Ahora bien, hay también en la Luna una Rata que roe la línea

El Cangrejo que Jugaba con el Mar

del viejo Pescador tan pronto como él la va soltando, así que tarda mucho el día en que podrá pescar al mundo. Entonces dijo:

Y la hija nena, levitando sus suaves bracitos morenos con las lindas pulseras de conchitas blancas: "¡Oh Mago-más-viejo, cuando mi padre hablaba con usted en el Principio mismo, vi una bestia que se fue con malicia, antes que Vd. le enseñara a jugar".

Y el Mago-más-viejo dijo: "¿Qué juiciosos son los nenes que miran y callan! ¿Cómo era esa bestia?"

Y la hija nena dijo: "Era redonda y era chata, y sus ojos crecían sobre tallos, y caminaba de lado, así, y estaba cubierta de fuerte coraza en el lomo".

Y el Mago-más-viejo dijo: "¿Qué juiciosos son las nenas que dicen la verdad! Ahora se adonde fue Pau Anna, el Cangrejo. ¡Dame la pagaya!"

Tomó la pagaya, pero no hubo que remar, pues el agua corría de continuo más allá de todas las islas, hasta el lugar llamado Pusat Tasek — Corazón del Mar — donde está el gran hoyo que lleva hacia el Corazón del Mundo, y en ese hoyo crece el Arbol Maravilloso Pau Yangin, que lleva las mágicas nueces gemelas. Entonces el Mago-más-viejo metió el brazo en el agua honda y tibia, hasta la espalda, y palpó bajo las raíces del Arbol Maravilloso el anecho lomo de Pau Anna el Cangrejo. Y al sentirse tocar Pau Anna se aplastó al fondo, y todo el Mar subió entonces, como sube el agua en una palangana cuando se mete la mano dentro.

"¡Ah!", dijo el Mago-más-viejo, ahora sé quién estuvo jugando con el Mar; y llamó en alta voz: "¿Qué estás haciendo, Pau Anna?"

Y Pau Anna, de lo más hondo contestó: "Una vez de día y una vez de noche salgo a buscar qué comer. Una vez de día y una vez de noche vuelvo. Déjame en paz".

Entonces el Mago-más-viejo dijo: "Escucha, Pau Anna. Cuando sales de tu cueva las aguas del Mar se precipitan al Pusat Tasek — Corazón del Mar — y todas las orillas de todas las islas quedan en seco, y los peces mueren, y al Rey de los Elefantes, sus patas se le embarran cuando vuelves y te sientas en Pusat Tasek — Corazón del Mar — las aguas del



Esta es la figura de Pau Anna el cangrejo, alzándose del Mar, más alto que el humo de tres volcanes. No dibujé estos volcanes porque Pau Anna es tan grande. Pusattasek — el corazón del Mar — está debajo, por eso no lo dibujé. La cosa que parece otra canoa más chica al lado de la grande, se llama balancín, y sirve para que no se vuelque la verdadera canoa. El Mago — más — viejo está de pie en la canoa haciendo una magia con la mano. Dejé su trono mágico en la costa, y se sacó la ropa para que no se mojará, y dejó atrás a la nube mágica también, para que la canoa no se volcara.

Mar crecen, y la mitad de las islas se ahogan, y al Rey de los Cocodrilos, su boca se le llena de agua salada".

Entonces Pau Anna de lo más hondo rió y dijo: "No sabía yo que era tan importante. De ahora en adelante saldré siete veces por día, y las aguas no estarán nunca quietas". Y el Mago-más-viejo dijo: "No puedo hacerle jugar el juego que debes, Pau Anna, pues me escapaste en el Principio mismo pero si te conformas, puedo hacer que cada piedra y cada planta en todos los países te sea un Seguro Pusat Tasek — Corazón del Mar — para tí y tus hijos, para siempre".

Entonces dijo Pau Anna: "Está bien eso, pero no me conformo aún. ¡Mira! Si este Hombre me te hubiera hablado y distraído en el Principio mismo, yo no me habría cansado de esperar, y no habría escapado, y todo esto no habría sucedido. ¿Qué quiere hacer por mí?"

Y el Hombre dijo: "Si te conformas, haré una magia, para que tanto el agua honda como la tierra seca puedan serte habitación y guarida, a tí y a tus hijos".

Cuento Para Niños

"No temo", dijo Pau Anna, el Cangrejo, y subió a la cima del Mar, bajo la luna llena.

No había nadie en el mundo tan grande como Pau Anna, pues era el Cangrejo Rey, rey de todos los cangrejos, no un cangrejo común. Un lado de su caparazón tocaba Sarawak, y el otro Perang, y era más alto que el humo de tres volcanes. Cuando subió a lo largo del Arbol Maravilloso arrancó una de las mágicas nueces gemelas que hacen joven a la gente, y la hija nena la vio flotar cerca de la canoa, y la recogió y empezó a partirla con sus tijeras de oro.

"Ahora", dijo el Mago, "haz una magia, Pau Anna, para mostrar que eres de veras importante".

Pau Anna giró sus ojos y agitó sus patas, pero no pudo más que revolver el Mar, porque aunque era Cangrejo Rey, no era sino un cangrejo, y el Mago-más-viejo rió. "No eres tan importante", después de todo, Pau Anna", dijo. "Ahora, déjame probar a mí", e hizo una magia con su mano izquierda, con el menisque de su izquierda, y — he aquí y mira, mi querido — azul, negra de Pau Anna cayó como una simple cascara, y quedó el todo blanco, como los cangrejos que a veces encuentran en la orilla, mi querido.

"De veras, eres muy importante", dijo el Mago. "Le pediré aquí al Hombre que te corte con su kris? ¡Mandaré al rey de los elefantes que te pinche con sus colmillos? ¡Llamaré al rey de los cocodrilos, que te muera!" Y Pau Anna dijo: "¡Estoy avergonzado! Devuélveme mi coraza y déjame volver al Pusat Tasek, y me moveré sólo una vez de día y una vez de noche para buscar qué comer".

Y el Mago-más-viejo dijo: "No, Pau Anna. No te devolveré tu coraza, pues te pondrás más grande y más fuerte y más orgulloso, y quizás olvides tu promesa, y juegues con el Mar otra vez". Entonces dijo Pau Anna: "¿Qué puedo hacer? Soy tan grande que sólo puedo ocultarme en el Pusat Tasek — Corazón del Mar. — Si voy a otra parte, blanco como soy

"Estuvo bien eso", dijo el Mago-más-viejo. "Sí", dijo el Hombre. "Pero ahora tenemos que volver al Perak, y cansa mucho remar tanto. Si hubiera esperado a que Pau Anna volviera al Pusat Tasek, grande como antes, el agua nos habría llevado sola".

"Eres haragán", dijo el Mago-más-viejo. "Como que eres del país del Haragánguán". Y alzó el índice hacia la luna y dijo: "Oh Pescador en la Luna, aquí este hombre es demasiado haragán para remar hasta su país. Tala su canoa con tu línea de pescar, Pescador".

"No", dijo el hombre. Si debo ser haragán para toda la vida, que el Mar trabaje por mí dos veces por día para siempre. Esto ahorrará remar".

Y el Mago-más-viejo rió y dijo: "Paya Kun". (Está muy bien).

Y la Rata en la Luna dejó de roer la línea de pescar; y el Pescador soltó la línea hasta el Mar, y jaló el Mar entero a lo largo de las costas, más acá de la isla de Bitang, más acá de Singapur, más acá de Malaca, más acá de Selangot, hasta que la canoa, remolcado en la boca del río Perak otra vez.

"¿Kun?", preguntó el Pescador en la Luna.

"Paya Kun", dijo el Mago-más-viejo. "Ahora deberás jalar el Mar dos veces de día y dos veces de noche para siempre, así ahorrarar remar los haraganes pescadores del país del Haragánguán. Y cuida no exagerar, o te hará una magia como a Pau Anna".

¡Ahora escucha y atiende!

Entonces todos remontaron el río Perak, y se fueron a dormir, mi querido.

Desde aquel día hasta hoy la Luna siguió jalando el Mar, causando lo que llamamos las mareas. A veces jala demasiado fuerte y son maremotos; pero casi siempre tiene cuidado, a causa del Mago-más-viejo. Y Pau Anna? Pues ver en las costas cómo todos los nenes de Pau Anna se hacen Pusat Tasek en miniatura bajo cada piedra y yuyo en la arena, pues ven agitados sus tijeras, y en algunas partes del mundo viven de veras en tierra y trepan árboles y comen cocos, tal como prometé la hija nena. Pero una vez al año todos los Pau Annas deben desprender y sacarse la coraza y quedan blancos, para recordárselos lo que el Mago-más-viejo podría hacer. Así que no es generoso matar o perseguir los nenes de Pau Anna el Cangrejo, solo porque el viejo Pau Anna fue generoso y estúpido hacer por mí".

Y el Hombre dijo: "Si te conformas, haré una magia, para que tanto el agua honda como la tierra seca puedan serte habitación y guarida, a tí y a tus hijos".

Y Pau Anna dijo: "No me conformo aún. ¡Mira, esta es la nena que me vió escapar en el principio mismo. Si entonces hubiera hablado. El Mago-más-viejo me había llamado y todo esto no habría sucedido. ¿Qué quiere hacer por mí?" Y la hija nena dijo: "Si te conformas, haré una magia y te daré este par de tijeras, para que tú y tus hijos puedan comer nueces y cocos todo el día cuando subar a tierra desde el mar, o puedas cavarte un Pusat Tasek cuando no haya piedra a sek cerca, con tus tijeras propias, o si el suelo es muy duro, que puedas trepar a un árbol con ayuda de las mismas tijeras". Y Pau Anna dijo: "No me conformo aún, pues todo blanco como soy, estos dones no me ayudarán mucho. ¡Devuélveme mi coraza. Oh Mago-más-viejo, y jugaré tu juego". Y el Mago-más-viejo dijo: "Te la devolveré, Pau Anna, durante once meses del año; pero en el duodécimo mes de cada año se te ablandará otra vez, para recordarte, a tí y a tus hijos, que puedo hacer magias, y conservarte humilde; pues veo que si puedes correr bajo el agua y en tierra, te pondrás demasiado atrevido, y si puedes trepar árboles, cascar nueces y cavar con tus tijeras, te pondrás demasiado glotón, Pau Anna!!

Entonces Pau Anna pensó un poco y dijo: "Me conformo. Acepto todos los dones".

Y el Mago-más-viejo hizo una magia con la mano derecha, con los cinco dedos de la derecha, y he aquí, y mira, mi querido, Pau Anna se fue achicando más y más y más, hasta que al fin quedó sólo un cangrejo nadando a lo largo de la canoa, y gritando en una vocetita muy chica: "¡Dame las tijeras!"

Y la hija nena lo alzó en la palma de su manecita morena y lo puso en el fondo de la canoa y le dió sus tijeras, y él las agitó con sus bracitos, y las abrió y cerró y las hizo chasquear, y dijo: "Puedo comer nueces y cocos. Puedo partir conchas, puedo cavar. Puedo trepar árboles. Puedo respirar el aire seco. Y puedo encontrar un seguro Pusat Tasek — Corazón del Mar — bajo cada piedra. No sabía yo que era tan importante. ¡Paya Kun!". (¿Está bien esto?).

"Paya Kun", dijo el Mago-más-viejo, y rió y bendijo; y el chico Pau Anna trepó por el costado de la canoa y se tiró al agua; y era tan mínimo que podía esconderse bajo una hoja seca en tierra, bajo un caracol muerto en el fondo del Mar.

"Estuvo bien eso", dijo el Mago-más-viejo. "Sí", dijo el Hombre. "Pero ahora tenemos que volver al Perak, y cansa mucho remar tanto. Si hubiera esperado a que Pau Anna volviera al Pusat Tasek, grande como antes, el agua nos habría llevado sola".

"Eres haragán", dijo el Mago-más-viejo. "Como que eres del país del Haragánguán". Y alzó el índice hacia la luna y dijo: "Oh Pescador en la Luna, aquí este hombre es demasiado haragán para remar hasta su país. Tala su canoa con tu línea de pescar, Pescador".

"No", dijo el hombre. Si debo ser haragán para toda la vida, que el Mar trabaje por mí dos veces por día para siempre. Esto ahorrará remar".

Y el Mago-más-viejo rió y dijo: "Paya Kun". (Está muy bien).

Y la Rata en la Luna dejó de roer la línea de pescar; y el Pescador soltó la línea hasta el Mar, y jaló el Mar entero a lo largo de las costas, más acá de la isla de Bitang, más acá de Singapur, más acá de Malaca, más acá de Selangot, hasta que la canoa, remolcado en la boca del río Perak otra vez.

"¿Kun?", preguntó el Pescador en la Luna.

"Paya Kun", dijo el Mago-más-viejo. "Ahora deberás jalar el Mar dos veces de día y dos veces de noche para siempre, así ahorrarar remar los haraganes pescadores del país del Haragánguán. Y cuida no exagerar, o te hará una magia como a Pau Anna".

¡Ahora escucha y atiende!

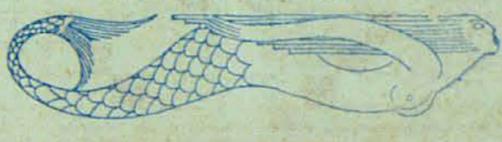
Entonces todos remontaron el río Perak, y se fueron a dormir, mi querido.

Desde aquel día hasta hoy la Luna siguió jalando el Mar, causando lo que llamamos las mareas. A veces jala demasiado fuerte y son maremotos; pero casi siempre tiene cuidado, a causa del Mago-más-viejo. Y Pau Anna? Pues ver en las costas cómo todos los nenes de Pau Anna se hacen Pusat Tasek en miniatura bajo cada piedra y yuyo en la arena, pues ven agitados sus tijeras, y en algunas partes del mundo viven de veras en tierra y trepan árboles y comen cocos, tal como prometé la hija nena. Pero una vez al año todos los Pau Annas deben desprender y sacarse la coraza y quedan blancos, para recordárselos lo que el Mago-más-viejo podría hacer. Así que no es generoso matar o perseguir los nenes de Pau Anna el Cangrejo, solo porque el viejo Pau Anna fue generoso y estúpido hacer por mí".

POR

RUDYARD KIPLING

ILUSTRACION DEL AUTOR





NO VALIA LA PENA!...

Ella era actriz, lo que no le agregaba ningún mérito. Podía haber sido mala mujer o modista. Pero le faltaba oportunidad para lo primero y habilidad para lo segundo.

El también era actor; tenía ojos celestes y cabello rubio. Por si falta algo, diría también que era muy joven, increíblemente honesto, bastante inteligente, no exento de ambición y alternativamente tímido y audaz, según el caso.

Ella era arisca, vanidosa, consentida, linda, coqueta, mordaz, intrincada, inteligente y buena actriz, a pesar de todo.

El también era buen actor, e inteligente. Y a más, dulce, tierno, simple, ingenuo, modesto. Y un poco triste.

Ella se complacía en despertar inútiles pasiones en quienes no podían hallar correspondencia de su parte.

El, casualmente, estaba expuesto a enamorarse de todas las mujeres que no podían o no querían ser suyas. Estaba condenado al fracaso cada vez que concebía esperanzas respecto a una mujer.

Ella, era crudamente materialista.

El era estúpidamente sentimental.

Cuando ella cumplió 7 años, un señor le regaló una canasta llena de flores, y la rechazó argumentando que prefería un collar.

El no había empezado aun a ir a la escuela primaria, cuando aseguraba con gran seriedad que quería ser presidente "para repartir toda la plata entre los pobres". Además, libraba cada vez que la maestra lo reprendía.

Ella se inició en el teatro a los 14 años, disgustándose enormemente porque le ofrecieron un papel de colegata. Quería ser primera actriz, para lucir escote y tomar champagne.

El se emocionó soberanamente la primera vez que debió pronunciar una palabra en escena. Después leyó mucho y se propuso protagonizar algún día a Hamlet y Osvaldo Alving, entre otros personajes de vigoroso perfil teatral. Dejóla para después a Fedra Protasoff, con quien pensaba consagrarse en la personificación de seres torruaríos cuyas andanzas le impresionaban hasta hacerlo llorar.

Ella adoptó el llamado "genero chico", en el que lograr el aplauso es fácil y la inteligencia pasa inadvertida.

El debió resignarse a lo mismo con gran disgusto.

Ella, un día, ofreció una función dedicada a sus colegas, calculando de antemano la admiración de los actores y la envidia de las actrices que se sentarían inferiores a ella al verla actuar.

El asistió a la función, y salió perdiéndose enamorado de la vanidosa joven. Después reaccionó y logró un contrato en su compañía, en condiciones muy por debajo de las que tenía y de sus merecimientos.

Ella no tardó en darse cuenta de los sentimientos que había despertado en el joven y eficaz elemento que había ingresado a la compañía. Pero se abstuvo de manifestárselo, y, por supuesto, de corresponderle.

El se desesperaba por hacerle comprender que la quería, que ella la quería, que la quería.

Ella, en cierta ocasión, debía besarle en escena. Primero pensó en volver la espalda al público y aparentar solamente el beso, manteniendo su rostro a distancia. Pero cambió súbitamente de táctica en el momento indicado. Tomóle la cabeza entre ambas manos, y, tras una breve pero profunda mirada dirigida a sus ojos distantes apenas cinco centímetros de los suyos, le dio un fuerte beso en los labios, prolongando todo el tiempo posible su duración.

El se trastornó por completo, y su "¡Hasta mañana!", que debió ser dulce y fraternal, de acuerdo al libreto se convirtió en un apasionado "¡Adiós!" apenas inteligible y en desacierto absoluto con la anterior seriedad de la escena.

Ella lo notó, y sonrió para sus adentros.

El pareció volverse loco, desde entonces, y conservó durante mucho tiempo la impresión que su beso le causara.

POR

ALEX ANDER

Ilustración de Pargagnotti

biente teatral. Y organizó una gira por provincias.

El estaba dispuesto a ir con ella en calidad de partitino, si fuera necesario, con tal de poder contemplarla todos los días y sentir, junto a ella, la esperanza de una posible aunque improbable correspondencia.

Ella insistió en que debía ser reducido el elenco para aligerar los gastos de la compañía. Así se lo dijo al empresario, delante de él, pocos días antes del anunciado para la partitura.

El no sospechó ni remotamente siquiera que ella lo hacía con el exclusivo y morboso propósito de hacerle sufrir, aunque estaba decidida a "ceder" en última instancia, aparentando una compasión que a él le hubiera sido imposible soportar. Cobró su sueldo, y no volvió a aparecer por el teatro.

Ella se fue, sin darle importancia al episodio, y debutó con gran éxito en Rosario.

El trató de olvidarla. Pero un día se sorprendió a sí mismo instalado en un vagón del ferrocarril Central Argentino que se dirigía velozmente a la gran ciudad del litoral.

Ella se manifestó grandemente sorprendida al verle entrar en su camarín al terminar la función, cierta noche. Y más al oírle barbotar atropelladamente apasionadas palabras en las que creyó entender una incoherente declaración amorosa, que contestó simplemente con una risa forzada que cortó su inspiración en forma brusca, como una ducha fría, obligándole a abandonar precipitadamente el camarín, sin despedirse y tan colorado como el "rouge" con que ella se disponía en ese momento a hacer más tentadoras sus húmedos labios.

Ella era actriz. Era también arisca, vanidosa, consentida, linda, coqueta, mordaz, intrincada, inteligente y crudamente materialista.

El era actor. Inteligente, dulce, tierno, simple, ingenuo, modesto, tímido a veces y audaz otras sentimental y naturalmente triste. Tenía ojos celestes, cabello rubio y poco más de veinte años.

Ella no merecía que ningún hombre bueno se hiciera mala sangre por su causa. Que ningún ser honrado sufriera por su falta de comprensión.

Pero él se mató lo mismo...



¡CARAMBA! ¡CÓMO SE HA ENREDADO!

TENEMOS QUE LIBERTAR AL POBRE BICHO

ME PARECE UN POCO DIFÍCIL LIBERTARLO

TENEMOS QUE PENSAR LA FORMA EN QUE LOS SACAREMOS.

¡MIRA LO QUE HACE JAZMÍN!

¿?

PARECE QUE AHORA TENEMOS DOS ANIMALES A NUESTRA DISPOSICIÓN.

USTED SIEMPRE DESEABA TENER UN DINOSAURO. ¿POR QUÉ NO SE QUEDA CON ESTE?

TRATAS DE ENCAJARME UN ANIMAL SALVAJE, ¿EH?

¡PERO SI ES TAN MANSO COMO JAZMÍN!

SU ALTEZA PUEDE SUBIR NO MÁS.

VA A PASAR POR MIE DOSO. ¡NO SEA CASCABELERO!

BUENO, PERO SI SUCEDE ALGO, SERÁ POR CULPA TUYA.

EN MARCHA, MUCHACHOS.

PRONTO LLEGAREMOS A NUESTRO PUEBLO.

¿?

¡CHE, REY! YA FALTA POCO.

MIRA; EL REY LLEGA EN UN DINOSAURO, AVISALE A LA REINA.

EL REY QUE VA LLEGA. YA LA ESCOLTA REAL LA RECIBIRLE.

¡PELOPONESO! ¡MI NOVIO... MI AMADO!

CARAMBA! LAS CHICAS ESTAN QUE RELAN

